

El dilatado estudio crítico sobre ese edificio extremadamente complejo que es la caracteriología de Klages, ha puesto en evidencia un valor nuevo en el plano de la psicología moderna. (La ciencia del carácter, Ed. Desclée de Brower, Bs. As.)

El pan de cada día, en la misma línea de profundidad y solidez trae una perspectiva del hombre, en su estricta dimensión temporal y en sus tentativas por trascender a la vaciedad de un mundo peligrosamente descentrado. El problema vital, el problema antropológico del hombre en cuanto hombre, se escinde en dos grandes temas: el de la acción y el del pensamiento. Acción y pensamiento habrán de conformar la estructura general de la obra. Pero, previo al análisis detallado de los referidos enfoques, se imponen algunas consideraciones sobre la razón de elección del aforismo como esquema de pensamiento, utilizado en sus páginas.

El mismo no constituye para el autor, ese tipo de sentencia breve y de carácter doctrinal, que para muchos es una forma de mutilación del pensamiento. Para Thibon el aforismo tiene una función acentuadamente dinámica que permite "dar beligerancia al lector" y exige de él "mucho más finura y espíritu de síntesis que una obra compuesta". No es un instrumento dialéctico que llevaría a brillantes afirmaciones retóricas, sino que se esgrime como condensador de la verdad. Traducir la verdad, que no necesita ser defendida en el plano de las argumentaciones; he ahí, su única y absoluta pretensión.

Si bien la raíz de su pensamiento compromete de golpe toda una metafísica, su atención se concentra de lleno en el tema fundamental de la filosofía moderna: el hombre. Y es precisamente en su quehacer diario, en el drama mismo de su existencia, donde el autor despliega todas las fuerzas clarificadoras de su espiritualismo.

Reacciona contra el egocentrismo nihilista oponiendo una concepción del hombre dado al hombre, como forma de darse a Dios. Pero esta concepción no implica, de ningún modo, dogmatismos o unilateralidades porque está basada en un sentido completamente realista de la vida.

Su noción de "humanismo" lo lleva a "dilatar al hombre en el mundo y a concentrar al mundo en el hombre", como decía M. Scheller; pero la noción de existencia no amplía exageradamente sus límites, sino que se estrecha en torno al universo del hombre.

Sus afirmaciones, por otra parte, no asumen el carácter de principios rectores, ni pretende, como muchos, ser una luz, un maestro de la conducta humana; reflexiona, medita, sola-

mente quiere "enseñar evidencias, forzar puertas abiertas" pero sin encastillarse en la denominación de filósofo o psicólogo.

Toda la obra está informada de una unidad que no se desvirtúa en la heterogeneidad de los estados anímicos más diversos, por el contrario, esa misma heterogeneidad confiere un orden peculiar a la vida psíquica y el autor se limita a traducirlo en reflexiones.

Pero el drama del hombre actual no se plantea en términos de angustia, descreación, desesperación, se afirma el valor esencial del ser humano, al margen de sus circunstancias, oscilando entre su grandeza y su miseria, pero siempre en proceso de jerarquización.

"Simone Weil no trata de expresar el orden eterno de las esencias, sino el camino concreto de un alma en pos de Dios" —manifestaba en la introducción a *La Pesanteur et la grâce*; y esa manifestación sobre su discípula se aplica perfectamente a la estructura de *El pan de cada día*.

Pensamientos que no son fruto de meditaciones abstractas sino de una plenitud interior, de un equilibrio orgánico que se perfilan en todas sus consideraciones sobre las acciones humanas.

"Hay una vuelta a lo real" —apunta en el bellísimo prólogo el traductor, R. Paniker— "esas páginas rezuman el auténtico sabor de la tierra y contagian la reacción sana del hombre que no ha sufrido la deformación artificiosa de la cultura...".

Descubridor de lo "auténtico", en cuanto forma de expresión desnuda, libre de las sombras y confusiones que proyecta la exaltación del Yo.

"Estás asido a la verdad. Pero miras de reojo también el éxito". Ahí reside la doble tensión del hombre: la purificación interior y el orden subvertido de las apariencias.

Rostro y máscara: las dos expresiones humanas de la verdad interior. Pero la máscara tiene una virtud porque opera una selección alrededor nuestro y solamente "quienes sean capaces de penetrar a través de ella, son dignos de amarnos".

Toda la existencia se reduce a las relaciones entre la máscara y el rostro; al equilibrio interior y al desorden que pueden provocar las contingencias externas; pero la solución no radica en esgrimir una verdad que puede ser falsa en su esencia, sino en la tentativa, en el deseo de ser veraces. "La verdadera cuestión es ver claro en sí mismo porque el culto a la precisión absoluta (pretensión de la sinceridad occidental)

se adapta a la realidad psicológica como las patas de un oso a un bastidor".

Esa verdad, esa autenticidad, nutren constantemente su pensamiento que se plasma en páginas de una riqueza incomparable; pero no es el despliegue deshumanizado del hombre que trasciende los límites de la existencia diaria, del que se desprende de las debilidades humanas y penetra en el plano descarnado del personalismo nietszchiano, sino que incluso resta "un paysan" como lo llama G. Marcel sin perder contacto con "ces vastes réserves de fraîcheur et de profondeur qui créent dans l'âme la communion étroite avec le silence, l'habitude des paisibles cadences, d'une activité accordée aux rythmes primordiaux de l'existence". G. Thibon, *Diagnostics. Essai de physiologie sociale*. Col. "Civilisation", Libr. de Médicis-Paris.

Se pone frente al hombre y lo juzga, pero remontando su propia pendiente; lucha contra el pecado del siglo que vive no sólo a su alrededor sino en sí mismo y entonces sus juicios adquieren un valor que se impone por su propia superioridad.

Apasionado de la nobleza de alma, se expresa con severidad hacia aquellos que aceptan de buen grado, los términos medios. "Señal de un alma grande —dice— es sentir la asfixia en las relaciones medidas, reticentes, estancadas" y termina frente a la mediocridad: "Uno de los signos cardinales de la mediocridad de espíritu es ver contradicciones allí donde sólo hay contrastes. Por eso a la mediocridad de espíritu le repugna creer en el Dios de los cristianos, ese nudo de contrastes!" He ahí su extraordinaria amplitud de criterio, la verdadera caridad y sabiduría residen precisamente en juzgar el pensamiento de los hombres antes que como cristianos, budistas o lo que fuere, simplemente como "hombres".

Su obra es la obra del genio, del llamado "nuevo redentor de la abstracción", del que "da a lo universal la vida, la plenitud, el estremecimiento íntimo e irreductible de su realidad".

"Ma vrai solitude est plus profonde que moi-même", confiesa en su tentativa por penetrar los últimos resquicios de sí mismo. Pero su soledad no es la soledad del narcisista regocijado en su propio yo, es la soledad plena de riquezas interiores, la soledad que se llena a sí misma para dar, que "aprende las costumbres de la cima, el silencio en la atmósfera irrespirable, la calma bajo el mordisco del hielo, la esterilidad blanca de los campos de nieve", para retornar al equilibrio interior y embellecer la vida cotidiana.

Tales las reflexiones que nos inspira el libro de Thibon, verdadero "pan de cada día" que se convierte, una vez penetrada su intimidad, en el contacto espiritual con la realidad del mundo.

DALILA MANGANIELLO.

PIERRE-MAXIME SCHUHL, *La obra de Platón*. Traducción de A. Albajar, Adiciones bibliográficas de Gregorio Weinberg. Biblioteca de Filosofía. Hachette. Buenos Aires, 1956.

La traducción al castellano de una obra sobre Platón es motivo suficiente para despertar el interés de cuantos siguen el desarrollo de nuestro movimiento bibliográfico. Es notorio que aparentemente este caudal es bastante pobre en el idioma español y aunque parece demostrado que las traducciones directas comenzaron en el siglo XV con Pedro Díaz de Toledo, que tradujo los Diálogos hacia 1441, los trabajos de esta naturaleza no son numerosos.

En el caso de Pierre-Maxime Schuhl, el interés del lector se ve doblemente solicitado, porque al encanto imperecedero que emana de la figura misma de Platón, se añade la claridad de un estudio útil por igual al especialista y al principiante. El uno encuentra la madura síntesis, el otro, los elementos más atrayentes para "poner en juego las tentativas del pensamiento en pos de la verdad y la belleza".

Pierre-Maxime Schuhl publicó esta obra en París, en 1954, después de un curso dictado en la Sorbona, donde es profesor. Desde las primeras palabras de su Introducción manifiesta su admiración más sincera por esta figura cumbre de la filosofía: "Platón es, sin duda, el hombre más grande de la historia de la filosofía. Para poner de manifiesto esta superioridad se ha llegado hasta escribir, no sin humor, que todos los filósofos casi no hicieron otra cosa que poner notas al pie de las páginas de sus obras. Es ciertamente, llevar un poco lejos una idea justa; mas el hecho es que todos los que después de él filosofaron, experimentaron más o menos directamente su influencia. Debe esta preeminencia a la riqueza y a la profundidad de su pensamiento, a la extrema variedad de sus aptitudes y de sus dotes, rara vez reunidas en el mismo grado en un mismo autor". Y puesto que desea probar estas afirmaciones, Pierre-Maxime Schuhl analiza a continuación los principales elementos del

genio de Platón: Rigor lógico o impulso místico, Mitos e ironía, Vida contemplativa y preocupaciones políticas, para dedicar luego un párrafo muy destacado al diálogo, creación y nueva forma literaria destinada por Platón a reproducir la manera de interrogar y de conversar de Sócrates, que arrastra a una indagación y una búsqueda en común. El diálogo, como hace notar este autor, es una creación genial que evita los peligros de la exposición ininterrumpida. Mas el autor no se despoja de su condición de maestro y añade con mucho acierto, algunas consideraciones sobre el método a seguir para exponer el platonismo.

La obra en sí se divide en cuatro libros, que partiendo del conflicto del espíritu apolíneo y el espíritu dionisiaco, ponen al lector frente a las cuestiones que agitaron el mundo griego y lo emocionan al cruzar su paso con aquella extraña, compleja y noble figura cuya influencia experimentó Platón: Sócrates; así como de la mano entre las riquezas de esos inmortales talentos, Schuhl lleva a su lector al través de la juventud de Platón y su producción, para considerar finalmente la vejez y las doctrinas no escritas del pensador de Atenas.

"Nacidos unos siglos más temprano o más tarde", ha dicho Bergson hablando de los grandes filósofos, "el contenido de sus obras habría sido diferente, y sin embargo, habrían dicho en el fondo la misma cosa".

Así sucede con Platón, cuyo pensamiento no puede ser desligado del de sus predecesores. Pero luego su obra es tan amplia, tan variada, tan recia, que reduce a la unidad muchos problemas, sitúa al hombre en la ciudad y en el Universo, ofrece panoramas de cuestiones primitivas y "modernas" al mismo tiempo. Por eso a veces nos parece quedar atrás cuando sorprendemos su ciencia, y no podemos evitar el recuerdo de aquellas palabras: "ningún hombre jamás, ni humanidad ninguna, puede vanagloriarse inteligentemente de haber superado a Platón". Con esta cita, muy adecuada por cierto, Pierre-Maxime Schuhl busca una conclusión a su estudio, comenzado, proseguido y terminado en la admiración. Las palabras de Sainte-Beuve podrían aplicarse a la historia de la filosofía: "une mer sans rivage; elle a par conséquence ses écueils et ses ennuis"; pero es indiscutible que Pierre-Maxime Schuhl, ilustre sucesor de Léon Robin en la cátedra de Historia de la Filosofía en la Sorbona, ha sorteado esos escollos con inteligencia, pues según su propia expresión el pensamiento de Platón no se presta fácilmente a la exposición sistemática.

La obra que ahora se ha publicado en español es el resultado del curso que su autor dictara en París, en 1954, con motivo del vigésimo tercer centenario de la muerte de Platón. Anteriormente se conoció en la Argentina su obra *Máquinismo y Filosofía*, editada por Galatea en Buenos Aires. La obra que presenta ahora Editorial Hachette será particularmente útil a educadores y maestros que reconocen en Platón un elevado exponente de legislación pedagógica.

FRANCISCO MAFFEI.

NICOLAI HARTMANN, *La Nueva Ontología*, traducción e introducción de E. Estiú. Ed. Sudamericana, Bs. As., 1954.

Para Hartmann, la ontología es la *philosophia prima*, o sea: el punto de partida de la filosofía reside en la investigación del ente. Dos circunstancias singulares nos señalan esa posición de privilegio: a) todos los sistemas filosóficos que la historia presenta han considerado como esencial "el dominio de los problemas constituido por el ente en general y como tal"; b) "hoy más que nunca los que reflexionan seriamente están convencidos de que la filosofía tiene tareas prácticas...; pero las ocupaciones mismas brotan de la condición general de las relaciones reales, las cuales tienen que ser entendidas y penetradas hasta sus raíces si es que el hombre pretende configurarlas de acuerdo con sus fines".

La exposición y enjuiciamiento de la vieja ontología (liquidada ante los embates del criticismo y los progresos de la ciencia), serán el prólogo de la nueva, que tendrá muy en cuenta los errores de aquella. El abismo que separa una de otra se revela ya en la definición de los dos conceptos básicos de toda ontología:

1. **Realidad:** para la antigua el único ser verdadero es lo universal, en sí mismo intemporal, eterno. Hartmann, en cambio, caracteriza la realidad según tres notas fundamentales: individualidad, existencia y temporalidad. Para él "lo universal carece de autonomía; es un mero ser «ideal» que solo tiene realidad en los casos reales, es decir, temporales e individuales".

2. **Categorías:** para la vieja forma de pensar las categorías eran principios *a priori*, logradas por definición de lo universal o por derivación de una tabla formal de juicios, con lo cual se

pretendía ilegítimamente solucionar el problema ontológico a partir de cierta postura gnoseológica. Hartmann, en cambio, define las categorías como "afirmaciones fundamentales sobre el ente como tal". Es decir, como los fundamentos por los cuales un ente es lo que es. Su tesis decisiva consiste, pues, según él mismo expresa, en conquistar para la ontología su dominio propio, que es por completo distinto del gnoseológico. Los principios ontológicos residen en el ente mismo; son principios de determinación del ente y, por tanto, en cierto modo, independientes; pero carecen de autonomía: son lo que son sólo en relación al *concretum*. Por eso las categorías serán "recolectadas, paso a paso, de las relaciones de lo real, tomadas del contenido del conocimiento, tal como ha sido aclarado por todos los dominios de la ciencia". Como todo trabajo científico, exigirá constantes correcciones y jamás concluirá. La *Analítica*, nuevo camino de la ontología, acerca a ésta con muchas ciencias especiales, porque ambas siguen la *intentio recta*. Pero persiste una diferencia radical: la ciencia "no se puede aplicar a los problemas últimos y fundamentales: tal es la tarea de la filosofía".

Hartmann distingue dos clases principales de análisis:

1. *Analítica modal*, cuyos resultados fundamentales son: el concepto de realidad antes expuesto (expresión del descubrimiento de que un mismo modo de ser abarca todo lo real, desde la materia al espíritu), y la aclaración de la triple diferencia que separa al ser real del ideal, con la cual se pone en evidencia el error de diversas tendencias metafísicas. 2. *Analítica categorial*, que por su parte, se ofrece bajo dos aspectos: a) como "analítica categorial en sentido riguroso" la cual descubre la diversidad estructural del mundo real que, aunque unificado por un mismo modo de ser, se presenta en cuatro estratos: materia, vida, psique y espíritu (este último, a su vez, en tres formas: espíritu subjetivo, espíritu objetivo y espíritu objetivado), regido cada uno por un grupo peculiar de categorías y b) como "análisis de estratificación", que se ocupa de la conexión de los estratos entre sí, para mostrar el *modus* o legalidad de dicho enlace. Este último conjunto de leyes permite establecer las relaciones entre los estratos de la realidad, a partir de un plano estrictamente ontológico y señalar así los errores de las generalizaciones metafísicas que vician al materialismo, vitalismo, psicologismo y espiritualismo.

No hace a nuestro fin detallar el grupo de leyes que rige en cada estrato y el que vincula a los estratos entre sí (Hartmann

los analiza minuciosamente en los caps. VIII y IX). Pero si creemos oportuno señalar cuáles son las consecuencias fundamentales de esa visión de la realidad que configura la nueva ontología:

A) *Problema de las relaciones entre ciencia y filosofía*: el mismo método utilizan las ciencias y la ontología. Ésta, por otro lado, debe tener en cuenta como datos básicos los resultados científicos. Hartmann insiste más de una vez en que los errores que denuncia se originaron en el hecho de "haberle sustraído a la filosofía su firme suelo, propio de todo procedimiento científico". Todo lo cual no hace olvidar la diferencia entre ciencia y filosofía ya apuntada, que se repite en: "el análisis categorial debe buscar sus categorías donde la ciencia empírica deja vacíos. No, por cierto, con la ambición de configurarla en definiciones alcanzadas por pasadas aserciones, sino con la tendencia contraria, es decir, la de reconocer su irracionalidad e introducirla a sabiendas en la construcción de la imagen total".

B) *Problemas del hombre*: Dos hechos señalan la importancia decisiva que tiene la nueva ontología en la solución del problema antropológico: 1) porque para precisar la esencia del hombre es necesario partir de su conexión con la estructura cósmica, o sea: "no se puede comprender al hombre sin entender el mundo en el cual vive"; 2) porque la singular estructura del hombre sólo puede explicarse en base a las leyes categoriales. En efecto: el hombre es ser espiritual, pero su espíritu se apoya en el organismo y éste, a su vez, en el mundo natural. La unidad del ser humano surge del análisis de la particular especie de conexiones funcionales que vinculan los estratos.

C) *Problema de la libertad*: no menos decisivo resulta aquí el aporte de la ontología: porque el problema de la libertad "únicamente se puede resolver sobre bases ontológicas, pues en él se trata de la relación de la voluntad con los poderes determinativos que dominan el mundo desde su fondo". De tal modo, "la libertad ética, la libertad de la voluntad", ontológicamente considerada, "es un caso especial de la general autonomía de las formaciones superiores comparadas con las inferiores". Hartmann analiza las posiciones fundamentales respecto de este problema: determinismo teleológico, determinismo científico-natural e indeterminismo y demuestra cómo los tres erraban por haber negado, respectivamente, la ley del retorno, la del *novum* y la ley categorial fundamental. El determinismo negaba la libertad; el indeterminismo contradecía la legalidad

natural: "se pasaba por alto una tercera posibilidad: la de la estratificación de las determinaciones... La ontología anula la alternativa: a su modo, cada estrato puede estar en absoluto determinado y, no obstante eso, puede ser autónomo frente a la determinación inferior".

D) Problema del conocimiento: Hartmann parte de tres hechos: a) la actitud gnoseológica supone la ontológica: para investigar qué es el conocimiento hay que partir del conocimiento natural como dato; b) el conocimiento no es mero hecho de conciencia (como la simple representación, la fantasía, el pensar); es una relación entre la conciencia y su objeto (objeto que subsiste por sí mismo, se lo conozca o no); es un acto trascendente; pero además esa relación es ontológica, real; ambos, objeto y sujeto son entes, tienen ser.

El conocimiento, por su esencia, pertenece al ser espiritual (es decir, al estrato ontológico superior) pero su función ("aprehender lo otro"), supone el hecho de "estar ordenado", ordenado a todos los estratos. "Esta ordenación no es otra cosa que la función de representar, pero en su captación ontológica fundamental". Y el problema del conocimiento reside en averiguar cómo las representaciones y los conceptos pueden representar en la conciencia lo que es insuperablemente trascendente.

Para Hartmann sólo existe una solución: el conocimiento es posible por la coincidencia de las categorías del objeto y del sujeto. Dicha coincidencia se explica como el ingreso de las categorías del objeto (no en su forma real, naturalmente, sino como "categorías de contenido"), en la esfera del sujeto, o sea: se trata de un caso especial de "retorno" de las categorías inferiores en las superiores y como tal regido por las leyes que la analítica categorial ha descubierto.

Basta la enumeración de estos aportes que la nueva ontología puede brindar al pensamiento actual, para apreciar la importancia del libro que comentamos.

Además de la excelente traducción, el profesor Emilio Estiú ofrece con su estudio preliminar una indispensable fuente de información para el lector de habla española que estudie al pensador alemán.

NÉSTOR A. MORENO.

EDUARD MAY, *Filosofía Natural*. Breviarios del Fondo de Cultura Económica. México, 1953.

La filosofía de la naturaleza, tal como la entendemos en este libro —dice Eduard May en su prólogo— no es una disciplina fronteriza entre la filosofía y la ciencia de la naturaleza, ni tampoco tiene por objeto la interpretación metafísica de los resultados de ésta para concertarlos en una "imagen del mundo". "Como campo parcial de la filosofía —agrega— le incumbe más bien exponer y aclarar los problemas implicados por toda investigación de la naturaleza, pero que no pueden ser abordados con los recursos y métodos de ésta". El problema del conocimiento de la naturaleza es el primero en ocupar la atención de May en su excelente esquema problemático, que comienza con una certera definición: "Entendemos por naturaleza el conjunto de todas las cosas corpóreas y de los fenómenos a ella vinculados, amén de los procesos y agentes que, de hecho o presuntamente, se hallan en su base, cuya existencia y cuyo modo de ser son independientes de nuestra voluntad y de nuestra acción". Sin embargo, como esta definición no es unívoca —aunque sirva para delimitar su campo de una posible sobrenaturaleza y la cultura— conduce derechamente a la problemática de los fundamentos en la filosofía natural. Esa problemática vamos a estudiarla a través de los diversos criterios establecidos: a) empírico-sensualista; b) sensual-idealista; c) idealista-instrumentalista; d) idealista-realista.

Todas las teorías sensualistas del conocimiento resuelven el problema cognoscitivo, la cognoscibilidad de la realidad natural, diciendo que no es posible hablar, en rigor, de una naturaleza "no tocada" ya que no tenemos sino percepciones sensibles, cuya índole se halla determinada en el grado máximo por el proceso de la percepción y el conocimiento. El fenomenismo y el positivismo, en su teoría de la ciencia, se remontan hasta Locke, Hume, Le Rond, d'Alambert. Su representante más significativo fué, sin duda, E. March. El positivismo científico natural cuenta, en la actualidad, no pocos partidarios. W. Heisenberg, P. Jordán, etc., y su desarrollo más importante lo encontramos en el círculo de Viena con M. Schlick, R. Carnap, y en Estados Unidos con Ch. S. Peirce, W. James, J. Dewey, Holt. El desarrollo más destacado del criterio positivista se debe a K. Popper, a más de las interpretaciones modificatorias de N. Bohr.

Este fenomenismo que adoptaba la forma de positivismo —como lo dejamos expresado— puede convertirse en **realismo trascendental o crítico**, si manteniendo el punto de partida **empírico-sensualista**, afirmamos al mismo tiempo, no sólo que a los resultados de la percepción y del conocimiento les corresponde un substrato real (metafísico) sino que también podemos acercarnos en mayor o menor grado a este último. Pero esta fundamentación empirista de la ciencia —desde un punto de aguda crítica— deja sin resolver el problema del **fundamento último** de las proposiciones básicas, el de la **validez real** de todos los enunciados de la ciencia natural y el **principio de convergencia** que introdujera B. Bavink. La axiomatización de algunos dominios particulares de la ciencia, mediante la aplicación (inspirada en D. Hilbert) de recursos y métodos lógicos, no soluciona dichos problemas. “Los axiomas tienen validez —dice May— sólo por lo que atañe a su posición formal en el sistema y a su independencia lógica como proposiciones básicas”. En el sentido clásico-filosófico, por el contrario, los “axiomas” poseen el carácter de proposiciones fundamentales incontrovertibles y no sustituibles, cuya fundamentación última es tarea capital de la filosofía, ya que una auténtica proposición fundamental ni puede demostrarse lógicamente ni tampoco asegurarse por la vía empírico-inductiva”.

Esta imposibilidad de alcanzar las proposiciones fundamentales por los medios mencionados, es el supuesto para la comprensión de la fundamentación kantiana de la ciencia. La ciencia de la naturaleza —según Kant— con todas sus teorías y especulaciones, jamás fué más allá del mundo de los fenómenos o de la realidad empírica. Al concebir Kant las categorías de causalidad, sustancia, etc., lo mismo que los axiomas de la matemática y de la mecánica, como los esquemas a priori propios del sujeto percipiente y cognoscente que hacen posible cualquier conocimiento natural y ver en la explicación mecánica de los datos, a posteriori, de la observación, el puente que enlaza estos últimos conocimientos con los a priori, resuelve el problema de la fundamentación última, además de explicar por qué son posibles, en general, en la ciencia natural las proposiciones universales, y de este modo, las predicciones y cálculos anticipados.

J. E. Fries y E. F. Apelt, fundador de la escuela friesiana, F. A. Hange —que dió origen a la escuela de Marburgo—, entre los pocos sucesores de Kant, advirtieron la significación metódica de los elementos a priori de la matemática y de la mecánica, que hacen posible el conocimiento y lo fundamentan.

La construcción de geometrías no euclidianas y la posibilidad de que por vías no euclidianas se pueda llegar a teorías contradictorias y ajustadas a los datos de la observación; la liberación de las ecuaciones electromagnéticas de C. Maxwell de la idea mecánica de modelo y la derivación matemática en mecánica, a partir de las mismas, de las ecuaciones del movimiento, han llevado a una nueva discusión de la fundamentación kantiana de la ciencia.

Si bien el intento kantiano no ha sido superado, es preciso, como lo hace Dingler, una revisión. La fundamentación de la ciencia tiene que ser a priori, no empírica. De lo contrario, como ocurre con K. Popper, estaríamos en un positivismo consecuente.

La “voluntad de univocidad” o el “sistema unívoco-metódico” de Dingler, desde un punto de vista idealista-instrumentalista; la fundamentación **idealista-realista** (aristotélico-tomista); la ontología fundamental de M. Heidegger, apoyada en ciertos puntos en Husserl; la teoría del conocimiento y la ontología crítica de Hartmann; la imagen precientífica abordada por T. Haering; la ontología de Paul Habermas, que ha visto con toda claridad la imposibilidad de fundar el conocimiento y la ciencia de un modo empírico-inductivo, álzense unos al lado de otros sin vínculo alguno. “Sin embargo —dice May— es justamente aquí donde tienen lugar los procesos filosóficos, en particular de la filosofía natural, preñados del futuro, y quien quiera elevarse por encima del positivismo no podrá dejar de volverse hacia estos campos de serio y sobrio trabajo sobre los problemas, sin perjuicio de deber rechazar con la misma energía que una precipitada tendencia conciliadora el deseo de construir imágenes metafísicas del mundo”. “Una investigación —continúa— de los fundamentos y una filosofía verdaderamente crítica tiene que mantenerse abierta justo a todas las posibilidades, evitando todo dogmatismo negativo tanto como el positivo”. Establecidas las cuestiones que suscita la problemática del conocimiento de la naturaleza, abarcados sus límites en la exposición de las diferentes escuelas, Eduard May estudia la índole de las investigaciones y del conocimiento naturales: “El estudio serio del conocimiento natural no puede sustraerse a la tarea de marcar mediante **análisis crítico-históricos** del conocimiento, los caminos de la investigación y la interpretación para destacar, en cada caso, los supuestos espirituales y sus coordinadas categorías y separar las “posiciones” y decisiones condicionadas de aquellas que siempre se aplican como formas universales de

pensamiento y de acción y que, por lo tanto, hay que calificar de absolutas. La observación y la descripción, como métodos generales de la investigación natural, resultan problemáticas porque llevan a cabo una selección de lo dado en la percepción, y corresponde a la filosofía natural elevar a conciencia clara los principios de selección que rigen en cada campo particular. Esa descripción —que no puede existir aislada y montada sobre sí misma— no es posible sino gracias a un esquema ordenador. Pero tampoco es posible sin el conocimiento y la aplicación de categorías preexistentes que de ninguna manera coinciden con la mera reproducción de lo percibido.

El experimento ocupa el centro de la investigación analítico-causal, aunque se pueda experimentar e interpretar con un punto de vista distinto. A la filosofía natural le corresponde poner de manifiesto las diferentes estructuras lógicas de los diversos grupos de cuestiones del "como" y del "porque" —aunque desde la publicación de E. Cassirer de un pasaje de las cartas de Galileo se sostenga que no pregunta el "por qué"— y estudiar el papel que han desempeñado en el desarrollo de la ciencia natural experimental, tarea emprendida en cuanto al experimento cuantitativo pero no en lo referente al experimento cualitativo, pues nos encontramos en los comienzos del análisis histórico-epistemológico del experimento. Esta filosofía crítica de la naturaleza no puede decir qué imagen del mundo garantiza la captación del ser verdadero. Puede sí, en cambio, asegurar que la aplicación de las formas de la imagen mecánico-matemática del mundo conduce "a un dominio creciente de la naturaleza, que no impide se continúe preguntando por el ser del ente".

Dentro de la filosofía especial de la naturaleza Eduard May se preocupa de los problemas esenciales del espacio, tiempo, sustancia y calidad. En cuanto al concepto de espacio en las ciencias especiales, vemos que la matemática conoce infinitos espacios entre los cuales el espacio euclidiano no goza de ninguna preferencia. La psicología considera espacios visuales, espacios táctiles, etc. Por otra parte, desde J. Herbart niega que "la representación de un espacio infinito sea, como afirma Kant, algo original". En las interpretaciones actuales la representación del espacio neutral sufre una inversión verdadera. La física ha fundido a su modo —en la teoría de la relatividad— el acaecer en el espacio con "el" espacio mismo. La filosofía como instancia que define el espacio, tiene que plantear la cuestión del fundamento óntico del espacio euclidiano

y explicar sus relaciones con los otros posibles de espacio. Pero, para defenderse de las intervenciones de las ciencias particulares en su campo, debe —adoptando una actitud crítica— indicar a la matemática que las construcciones de espacios de más de tres dimensiones nada dice en contra del espacio euclidiano ni en favor de la validez real de otros conceptos del espacio; por otra parte, la "verdadera" estructura del espacio natural que sostiene la física por intermedio de sus altos representantes (Einstein, H. Reichenbach, M. Planck) es objeto de reparos similares. La filosofía tiene que proceder a fijar un concepto de tiempo. Este concepto no es otro que el de tiempo absoluto que, desde el pasado infinito apunta hacia el futuro infinito.

La imposibilidad de revelar la naturaleza de la sustancia espacial —el concepto de sustancia fué objeto de grandes ataques desde F. Nietzsche a Avenarius— por la vía científica-natural —como dice May— radica también en otro plano más profundo y nada tiene que ver con los recientes resultados experimentales y físicoteórico. Estos hallazgos, sin embargo, patentizan la importancia para la investigación de la idea guía de una sustancia espacial unitaria. Reducida la variedad de materias a unos 90 elementos, la disgregación subsiguiente de estos átomos condujo a una unificación posterior de grandes proporciones. Aunque no se lograra la reducción de la diversidad de la materia a un solo protoátomo, es innegable, aunque no se lograra, la tendencia a ello. Los problemas que derivan de los conceptos de fuerza y energía son similares a los de la materia. A la filosofía natural corresponde preguntarse por la naturaleza de la fuerza, distinguiendo con cuidado sus diversos conceptos. Al mismo tiempo debe "elaborar el campo metódico previo a la física, en lo que respecta al concepto de fuerza, lo que, en último término, desemboca en el problema de los fundamentos de la mecánica, incluido el principio de la gravitación universal, y en la cuestión de si este sistema de fundamentos u otro habría de constituir la base de toda la física, o si, como parece opinar W. Heisenberg, los diversos campos de la física requieren fundamentos diversos; por otro lado, tendrá que preparar el terreno para una ontología crítica que encare los problemas que no pueden ser abordados ni por la investigación metodológica de los fundamentos ni por la ciencia de la naturaleza".

Junto a los problemas suscitados por los conceptos anteriores —a los que agregaremos las cuestiones filosóficas en tor-

no a la estructura de los principios de conservación de la ciencia natural—, Eduard May explica la naturaleza de la investigación causal, de la no causal (tipológica) y de la teleológica (finalista). Estos problemas conducen necesariamente a la cuestión de la validez real del principio de causalidad, y el problema del determinismo y de libertad. “So pena de seguir adelante —dice May— la investigación encaminada al dominio espiritual y manual del mundo tendrá que trabajar siempre con el supuesto de que el cambio de estado de un sistema es la consecuencia necesaria de cambios de estado precedentes, con independencia de si el mundo posee una plena estructura causal o no, o si el principio causal representa únicamente una forma mental o le corresponde el rango de una categoría real”.

“El problema del determinismo y de la libertad carece de solución en el campo científico-natural. La ciencia natural —sigue diciendo— siempre avanza al hilo del pensamiento causal, sin que todas las explicaciones causales logradas pudieran demostrar jamás un determinismo universal. Si en ciertas circunstancias empíricas y dadas ciertas “posiciones” teóricas, prescindimos de la predictibilidad en el sentido de la física clásica, no por esto queda consagrado el indeterminismo; apenas roto el hilo causal, se rehace en seguida y la causalidad vuelve a presentárenos por la puerta trasera; me refiero a la doctrina de la perturbación (causal) del objeto a medir por medio del proceso medidor. Y ni siquiera hace falta considerar esta interpretación como la última palabra”.

Los conceptos y problemas de la configuración, del desarrollo y de lo anímico, en las diversas concepciones que pasamos a considerar, configuran el último tópico que Eduard May desenvuelve en su obra. Refiriéndose, en principio, a los fenómenos de estructura (Gestalt) y totalidad, menciona el autor las críticas injustificadas hechas contra la ciencia natural, hasta contra la física actual, “que empobrecen el mundo, porque sustituyen la realidad por la uniformidad sombría y fría de átomos en movimiento y de medios en ondulación”. “Desde comienzos de nuestro siglo —dice luego— ha ido creciendo la opinión de que los datos cualitativos más simples, que a su vez, han sido abstraídos artificialmente de complejos más amplios, se pueden comprender a base de los elementos, pero que no cabe “recomponer” esos “complejos más amplios” del mismo modo porque se trata de fenómenos de estructura y totalidad”. El modo de estudio “totalista” consistirá, por lo tanto, en investigar y respetar los fenómenos de estructura

y totalidad de su “legalidad” propia, en no tratar, por lo tanto, de reconstruirlos a base de elementos o de tales leyes y fenómenos elementales que no encierren en sí ningún aspecto de todo o estructural. Si se pregunta qué es propiamente una estructura (Gestalt) o todo las respuestas serán variables desde las tentativas de G. Wolff hasta la posición de Driesch. De todos modos podemos entresacar de tanta diversidad un núcleo común, que bien se puede expresar mediante el viejo principio de que el todo es más que la suma de sus partes y que, por lo tanto, un fenómeno de todo o Gestalt jamás se puede comprender como un nuevo fenómeno aditivo. Todas las cuestiones de este orden desembocan —según May— en el problema de la causalidad en general. La investigación causal una vez puesta en marcha empuja con una consecuencia lógica inexorable todo lo estructural, totalista y morfológico hacia lo fisiológico, y de aquí a lo químico, y finalmente hacia lo físico, y no hay absolutamente nada empírico que pudiera oponerse a esta “lógica”. Pero el proceso mismo, al empujar hacia lo dicho, no llega a un término.

Así como la investigación causal trata de disolver todo lo estructural y total, así también anula, rigurosamente tomada, lo esencial de una verdadera evolución. Genuina evolución sólo existe dentro de las concepciones platónicas, tipológico-arquetípicas. Por el lado de la filosofía natural hay que observar, sin embargo —de acuerdo con May— que la estricta investigación causal tiene que rechazar una macro-evolución tomada vitalistamente. En lo referente a lo inorgánico, coinciden por completo, los problemas de la evolución con los problemas comunes de la física, química, mineralogía, etc., que tienen por objeto la estructura íntima de la materia. Una posición especial ocupa la geología histórica, puesto que su objeto es la investigación de la evolución de la Tierra entera. Lo filosóficamente significativo de la “disputa del actualismo” es que sus adversarios quieren salvar la genuina evolución, al devenir de lo nuevo, sin ver quizás las cosas con perfecta claridad. Pero como, pisan el terreno de la investigación causal, y quisieran comprender la evolución, no les queda a la postre sino someterse de nuevo a un actualismo justamente entendido. Pues el actualismo no es nada más que una traducción a lo geológico de aquel artificio del pensamiento consistente en hacer comprensible la evolución (aboliéndola en el fondo) gracias a tomar lo que surge con el carácter de nuevo como una mera constelación nueva de lo ya existente.

En lo relativo al concepto de lo psíquico dentro de la filosofía natural poco tenemos que indicar aquí —señala May— pues la ciencia natural no sabe nada de un alma, ni puede saber nada, y los problemas de la psicología sólo, penetran dentro del círculo de problemas de la filosofía natural allí donde se trata de la relación de lo psíquico con lo físico. “La filosofía —termina diciendo May— es, para decirlo con Hartmann, un trabajar en problemas”. En tanto esos problemas se refieren a la naturaleza y a los modos y maneras de apresarla, hablamos de filosofía natural, la cual se presenta por tanto como un sector perfectamente deslindado dentro de la investigación filosófica que avanza con la bien fundada pretensión de ser ciencia rigurosa, es decir, crítica”.

HORACIO CASTILLO.

JACQUES BOURCART, *El fondo de los océanos*. (Le fond des océans). Presses Universitaires de France. París, 1954.

La rapidísima evolución de la geografía del fondo de los mares, a partir de 1939, vuelve casi ociosa la consulta de obras que, sobre este tema, se hayan escrito con anterioridad a esa fecha. Entre los ensayos más importantes y recientes que tratan esta materia se encuentran la *Géographie du fond des mers* (París, Payot, 1949) y *Océanographie* (Centre Doc. Universitaires 1952), de J. Bourcart, autor del breve pero completo trabajo que comentamos, y que fué publicado en la colección “Que sais-je” de Presses Universitaires de France.

En los tres primeros capítulos el autor analiza, con la autoridad que le es reconocida, los métodos de estudio utilizados para el conocimiento de la geografía del fondo de los mares, desde el trazado de los mapas planimétricos y batimétricos hasta los diversos métodos de sondaje, llegando al moderno sondaje ultrasonoro, que utilizan actualmente la casi totalidad de los investigadores. Este método tiene sin embargo sus inconvenientes: “Para grandes profundidades, la absorción de los ultrasonidos por el agua del mar es casi total, mucho mayor, en todo caso, que la de los sonidos audibles”. Por eso los sondeadores para grandes profundidades emplean vibraciones especiales de ingeniosa eficacia.

A continuación estudia Bourcart la plataforma y el talud continentales: su composición, naturaleza y origen, para referirse luego al relieve de los grandes océanos en particular: Atlántico, Pacífico, Índico y el mar Mediterráneo.

Expone luego los hechos más importantes evidenciados por los oceanógrafos a partir de 1940. Estos descubrimientos han demostrado que “el paisaje submarino no es, como se creía antes, uniforme y tristemente llano. Aunque su relieve sea muy diferente del relieve de los continentes, es también variado”. Existe bajo las aguas un relieve de rocas, picos, gargantas profundas, etc., cuyo conocimiento interesa especialmente a los navegantes, que podrán encontrar su ruta, aun en condiciones adversas, sin más instrumental que la sonda ultrasonora.

El conocimiento de los plegamientos submarinos y sus causas es también importante para la comprensión de las formas del relieve terrestre, pues es prácticamente imposible interpretar dichas formas y conocer las causas de los plegamientos a los que se deben las grandes cadenas de montañas, si no se ha estudiado lo sucedido bajo las aguas del mar. No será posible escribir una historia valedera de nuestro planeta sin la labor de los oceanógrafos comparable a la de los geógrafos y geólogos.

En los tres primeros capítulos se estudian preferentemente las formas del fondo de los océanos, sin tratar la naturaleza de los depósitos movibles que recubren y a veces hasta disfrazan los relieves. “Sin embargo, sobre la tierra firme, la naturaleza de esos suelos flojos condiciona, con el clima, la vida vegetal, animal y hasta humana”. Lo mismo sucede bajo las aguas del mar, pues “de la naturaleza de los suelos submarinos, y de los caracteres físicos y químicos de las aguas que lo recubren, depende la repartición de la vida oceánica. Se ha podido hasta hablar de fertilidad de los suelos submarinos. No es sin razón que los más grandes progresos en esta materia se deban a Selman Waksman que del estudio de los suelos cultivables, pasó a la oceanografía sedimentaria, que no abandonó sino después de su descubrimiento de la estreptomycinina”.

Durante los últimos años, este estudio fué sobre todo sumario, limitado a la superficie misma de esos suelos. Actualmente, “el uso de diferentes métodos: desaparición progresiva con el tiempo del radiocarbono C14, cuya proporción en relación al carbono normal C12 es una constante en la mate-

ria viva; determinación de la temperatura por los isótopos del oxígeno contenidos en el CO_3Ca de las valvas; estudio de las faunas microscópicas de las foraminíferas contenidas en estos sedimentos, nos han permitido conocer las variaciones del medio marino en el tiempo".

Bourcart señala, a pesar de todos los adelantos obtenidos en la materia, que "el estudio del relieve del fondo del mar, y aún más, el de su naturaleza geológica, no ha sido todavía casi emprendido más que en el Atlántico, océano próximo a los centros civilizados, o en el Pacífico, teatro de la última guerra naval" y esas investigaciones han demostrado que las más bellas teorías sustentadas hasta entonces eran falsas.

Es muy posible que en un plazo más o menos breve se puedan realizar experiencias definitivas en esta materia, por lo que el autor exhorta a la Marina y a la juventud francesa a emprender estas tareas con seriedad y amor.

Esta obra está enriquecida con 15 grabados y una bibliografía sumaria pero actualizada.

HAYDEE C. BLOTTO.

NOTICIAS Y COMENTARIOS

UNA OLVIDADA PÁGINA CRÍTICA DE LEOPOLDO LUGONES

Eduardo Ladislao Holmberg, el sabio naturalista, fué, entre nosotros, un precursor del relato policial y fantástico. En 1875 se inició con los libros *Dos partidos en lucha* y *El maravilloso viaje de Nic-Nac*; en los años siguientes publicó varios cuentos que revelan influencias de Hoffmann, Poe y Flammarion. Por fin, en 1896, dió a conocer tres novelas que constituyen lo más granado de su producción: *Nelly*, *La bolsa de huesos* y *La casa endiablada*. Los diarios de la época recogen críticas, reseñas y comentarios acerca de estas obras. Rescatamos hoy del olvido la extensa nota que Leopoldo Lugones dedicó a *Nelly* en el periódico "El Tiempo". Lugones tenía 22 años cuando escribió ese artículo. La temprana madurez de su prosa y la agudeza de su juicio quedan en él reve-

lados al par que se descubren inclinaciones literarias patentes en libros suyos como *El ángel de las sombras* y *Las fuerzas extrañas*. Este comentario encierra, por otra parte, matices de interés para el estudio de Lugones como crítico literario.

ANTONIO PAGÉS LARRAYA.

Fundada en un caso de telepatía, esta novela tiene, para un reducido grupo de afiliados a los misterios teosóficos y espiritistas, un valor real: la atención manifiesta con que los hombres de ciencia comienzan a preocuparse de los fenómenos cuyo origen moderno es la mesa parlante, preocupación seria, aunque condimentada por la indispensable pizca de ironía que el materialismo ortodoxo no puede librarse de arrojar sobre los más graves problemas planteados por la ciencia esotérica.

El Arte, que no obstante todo lo que quiera afirmarse, es y será espiritualista, comienza a echar un vago relente de saludable frescura sobre la aridez académica de los últimos tiempos. Y no es que sea yo de los que creen que la ciencia es contraria u hostil al Arte. Nunca. Sin creer en el arte científico de Sully Prudhomme, es para mí indudable que la ciencia al avanzar, ensancha el campo de las aspiraciones artísticas; porque descubre —descubrimiento quiere decir apertura de horizontes— y porque si es a modo de una esfera, que al agrandarse multiplica sus puntos de contacto con lo desconocido, al decir de Spencer, esa complicación del inmenso misterio universal, esa ampliación de la sombra ejecutada por la luz, crea para el Arte una especie de grande atmósfera más respirable cuanto más profunda. (El misterio es el buen oxígeno de una química trascendental cuyas fórmulas no se han promulgado todavía. Hay una meteorología espiritual: el espíritu tiene sus climas, sus primaveras, sus veranos, sus inviernos, sus otoños, cuyas manifestaciones externas son las rojas bocas, los fecundos vientres, las pálidas arrugas, las sagradas canas, los bellos versos).

Tampoco la ciencia fué jamás enemiga del Arte; pero es cierto que en algunos casos lo desdeñó. Las opiniones contrarias, son las excepciones: Euler, Claudio Bernard, Trousseau. Añadamos: Holmberg.

¿Quién ha descubierto la música de los colores sino la ciencia? ¿Quién ha dicho que el espectro solar es una orquesta? Cuando Rubén Darío dice que la banda de Iris tiene siete rayos como la lira siete cuerdas, pronuncia una verdad, y más aún: pudo

decir científica y artísticamente que la banda de Iris es una lira, una grande y sublime lira: la lira del sol. El Sol, que es un inmenso cerebro piensa en colores, y de la concordancia de esos pensamientos nace una armonía: la blanca y bienhechora luz.

En días pasados, leyendo un artículo de Piem, un químico inglés, encontré esta novedad científica: la escala musical de los perfumes.

Aquí tenéis un ramo armónico:

BASE

Do — Sándalo

Do — Geranio

Si — Acacia

Sol — Azahar

Do — Laurel

CIMA

Además Michelet, escribiendo su gran drama de la Naturaleza: el Mar, la Montaña, el Pájaro, el Insecto; Rosny, contándonos el poema de las emigraciones con la afición naturalista que conserva como un recuerdo de su noviciado de Médan (Zola no, porque ese es un traperero de la ciencia); Flaubert, Balzac mismo, el mismo Stendhal —la tríada suprema de la novela moderna en que el feminista Bourget no entra, por más que sea psicológico y merezca ser traducido para el folletín de **La Nación**— todos esos han demostrado que el Arte cree en la Ciencia y la respeta y sabe exteriorizarla bellamente.

Y con esos, muchos otros. Más cerca del Arte, Taine, cuya crítica, como el arado de Rómulo, traza la yugada delimitadora de la Ciudad Artística. Más cerca de la Ciencia, Maury cuyas metáforas científicas son dignas de Hugo: el Gulf-Stream es la vía láctea del Océano; el golfo de Méjico es el corazón del Mar, etcétera, y después D'Harvilly, un poeta casi desconocido, pero que se ha hecho conocer por este hermoso verso:

Nôtre père aux longs bras le signe vénérable.

Y ahora, nuestro querido sabio Holmberg, que a pesar del "histerismo de ultratumba" y de no habernos dicho lo que piensa de los fenómenos que parece aceptar, escribe con relevante estilo, fluídas prosas y correctos versos, siendo uno de los más completos intelectuales con que cuenta el país de los argentinos.

La novela citada no puede ser más real ni más lógica. Esa telepatía, esas materializaciones, han sido palpadas, vistas, oídas, pesadas, fotografiadas, constatadas, interrogadas. Lombroso ha visto y tocado las manos del espíritu asistente de Eusapia Palatino. Crookes hizo lo mismo con Katie King la amiga astral del **medium** Florencia Cook. Wallace Edmonds, Rochas, Zoelner, Gibier, también han podido estudiarlas con sus graves criterios de sabios.

¿Qué hay? Es una interrogación dirigida al Porvenir, cuyas sombras contienen la verdad. En los **versos dorados** de Pitágoras, en la Kabala, en los catecismos quirománticos de los alquimistas hay sin duda muchas verdades, que poco a poco van surgiendo, estrellas, víctimas de su propia noche.

Nelly constituye en nuestro exiguo mundo literario, una verdadera novedad, un encomiable esfuerzo; sirviéales esto, cuando menos, como prenda de especial respeto, si no fuera que como novela tiene valor real, por su argumento, por su estilo, por su originalidad.

No es ni con mucho, algo análogo a **Espírita**, de Gautier, porque Holmberg no es poeta como Gautier y principalmente porque no es hombre de fe. Muchos sonreirán leyendo estas consideraciones. ¡Estamos tan acostumbrados a creer que la Fe es un síntoma de debilidad! Y sin embargo, la grande y divina condición de la Fortaleza, reposa toda, es más bien dicho, la síntesis del soberano temario teologal. ¡Oh, Escala de Jacob, Monte Nebo de Moisés, Calvario Sangriento de Cristo!...

Como en **Espírita**, en **Nelly** la misteriosa piedra imán que atrae al alma sufriente es el amor; pero aquélla termina en un puro y luminoso matrimonio astral, en una conjunción celeste de dos almas que la mirada interna del sueco swendemborgiano percibe como una esperanza en las insondables latitudes del espacio, y el final de ésta, de **Nelly**, es frío, escéptico, triste como una dilatación de la noche, y deja persistir en el espíritu el frío del sepulcro, en cuyos bordes recibe Edwin la solemne confidencia del alma inquieta por su "histerismo de ultratumba".

No critico este final, que considero, por el contrario, perfectamente lógico dada la índole del autor; hago notar, solamente, que tan hermoso e interesante argumento hacía esperar un desenlace más en armonía con la impresión misteriosa que va progresivamente acentuándose en el ánimo del lector, delineado más suavemente, a lo menos, para no producir esa sensación de brusca ruptura que dejan las separaciones eternas.

Pero en suma: un hermoso libro cuyas páginas no se cuentan. Algo de maravillas extrahumanas que crepusculizan el espíritu con un indecible encanto. Y, sobre todo, un esfuerzo más que ha de salvarse del menosprecio y del fallo estúpido del oficialismo artístico impenitente, porque Eduardo Ladislao Holmberg es un sabio y un artista que ha sabido imponerse con la fuerza del que vale y —circunstancia muy importante para la crítica fetichista— porque no es joven, materialmente hablando, aunque su cerebro está lleno de luz primaveral.

Y puesto que hablé, como he de hacerlo siempre de los pedagogos incapaces que día a día empuercan las columnas de nuestros condescendientes diarios con sus salivajos impregnados de amargura biliar, metiendo los hocicos en todo lo que alarma su suficiencia, para escarnecerlo, para reír con todo el empuje de sus vientres preponderantes, pediré al sabio y al artista una jaula bien visible de su jardín de Palermo para esta canalla zoológica, y un rótulo en que conste la clasificación que les corresponde.

¡Los asnos dictaminando sobre el perfume de las flores que pacen! ¡No faltaba más!

LEOPOLDO LUGONES.

E. L. Holmberg, *Nelly*. «El Tiempo», 18 de setiembre de 1896.

CONSIDERACIONES ASTRONÓMICAS

Un astro nace (aparece) por la región Este de un lugar (que no sea uno de los polos terrestres), en aquel instante su altura es nula; desde entonces se eleva gradualmente y alcanza su altura máxima al pasar por el meridiano de ese lugar; en esta posición y en este nuevo instante decimos que el astro culmina. Desde entonces comienza a disminuir su altura hasta el momento de la puesta, en que vuelve a ser nula.

Estas consideraciones muestran que no es del todo correcto decir que con la ejecución del último número la celebración del acto ha culminado si con ello se quiere expresar que se le dió término. A la culminación deben seguir otros números hasta que el último cierra el acto.

La palabra declinar tiene varias acepciones, entre ellas la de acercarse, caminar o aproximarse una cosa a su fin (diccionario), y en este sentido se utiliza al referirnos a la puesta de los

astros: “las estrellas y los planetas declinan por la tarde”. Sin embargo, para evitar equívocos en los cursos de Cosmografía, conviene destacar que ello no significa que sea la declinación del astro la que varía.

La declinación de las estrellas es prácticamente constante, pues la variación durante todo un año alcanza a pocos segundos y es unas veces creciente y otras decreciente; el Sol es la única estrella cuya variación es muy importante puesto que en seis meses pasa de 23°27' norte a 23°27' sur, lo cual importa unos 15' diarios, como promedio.

De ellos sólo una parte corresponde al período durante el cual alumbra y esa fracción (ni siquiera los 15') es perceptible a simple vista, amén de que, como queda dicho, unas veces disminuye pero otras aumenta. Otro tanto diremos de los planetas y con mayor razón para las estrellas distintas de nuestro Sol.

COSME LAZZARO.

LA DIFICULTAD

Para seguir la ciencia contemporánea, para ser sensible a esta dinámica de la belleza construida, es necesario amar la dificultad. Es la dificultad quien nos da la conciencia de nuestro yo cultural. Nosotros nos concentramos ante un problema. El problema quita la dispersión y determina una unidad de ser. En una muy simple novela de George Sand (*Le Château de Pictordu*) se lee esta bella observación: Un médico habla a un niño:

—“¿No te fatiga prestar atención?

—Por el contrario, esto me descansa”.

Todo trabajador de la vida del espíritu sabe bien que el trabajo personal descansa. Luego, en la cultura científica, todo trabajo toma un aspecto personal. Se llega a ser necesariamente el sujeto consciente del acto de comprender. Y si el acto de comprender vence una dificultad, la alegría de comprender paga todas las penas. No hay allí una simple moralidad que un autor quiere poner al fin de su libro. Se trata de un hecho, de un hecho que tiene un sentido filosófico: comprender no resume solamente un pasado del saber. Comprender es el acto mismo del devenir del espíritu.

GASTON BACHELARD.
Le rationalisme appliqué.

Traducción de Balbanera Raquel Enríquez.

LA VÍA LÁCTEA

La Vía Láctea cruza el firmamento como una faja luminosa de resplandor mate; en algunas constelaciones como Casiopea y el Cisne desarrolla una gran intensidad, mientras en otros lugares del cielo brilla sólo débilmente. Esta faja circunda la bóveda celeste y se distinguen en ellas vetas más claras y otras más oscuras y a veces incluso la cruzan fajas completamente negras.

¿Qué significa esta Vía Láctea? Cualquier anteojo se presta a dilucidar dicha pregunta porque bajo su amplificación se resuelven las fajas luminosas en un número increíble de estrellas cada vez más pequeñas, constituyendo un enjambre sin igual. Con buena vista se distinguen en ella dos ramas que corren casi paralelamente y esto se ve más claramente en la región del Águila, donde una de ellas parece interrumpirse.

Las opiniones sobre la Vía Láctea han variado en el transcurso del tiempo con el progreso de los conocimientos científicos; ya el genial filósofo griego Demócrito había dicho 400 años antes de la era cristiana que estaba constituida por un gran número de estrellas pequeñísimas, pero otros sabios la consideraron como el rastro dejado por un sol que habría existido en otros tiempos y algunos se limitaban a considerarla como el lugar donde se soldaban las dos mitades de la bóveda celeste. Sólo con el empleo del anteojo quedó fuera de toda duda su composición a base de estrellas débiles sumamente alejadas. El gran filósofo Kant llegó, en su *Historia general de la Naturaleza y teoría del cielo* de 1755, bastante cerca del punto de vista actual cuando dijo que el espacio era ilimitadamente extenso y en él se encontraba una gran acumulación de estrellas, o sea la Vía Láctea, que tenía una extensión enorme. Pero calculable numéricamente, con un sol central a cuyo alrededor giraba todo el sistema; creyó que este astro central era Sirio, y nuestro Sol sólo una de las numerosas estrellas del sistema, no estando situado en la región central del mismo, sino en otra zona próxima a Casiopea y al Cisne, razón por la que esas constelaciones brillaban para nosotros con mayor intensidad que las demás.

Con el perfeccionamiento de los instrumentos de observación se hicieron cada vez más precisas las opiniones de los investigadores, aproximándose poco a poco al criterio que rige hoy sobre la significación de la Vía Láctea. Hay que citar

ante todo al sabio Lambert, de origen alsaciano, que en 1761, en sus "Cartas cosmológicas sobre la estructura del Universo", distingue cuatro sistemas sucesivos: un sistema de primer orden lo forma cada uno de los planetas rodeado por sus satélites; el Sol con el conjunto de ellos constituye un sistema de segundo orden; luego vienen los de tercero, que son los cúmulos estelares; también el Sol forma parte de uno de ellos constituido según Lambert por las estrellas más brillantes del firmamento, y finalmente una serie innumerable de tales cúmulos forman la Vía Láctea como sistema de cuarto orden. Todos estos cúmulos tienen forma lenticular y se mueven alrededor del centro de gravedad del conjunto que Lambert supone en la nebulosa de Orión o en su inmediata proximidad. No difiere mucho de esta opinión la del gran explorador del cielo Guillermo Herschel que, sin embargo, no distingue sistemas intermedios y creyó que la Vía Láctea es sencillamente un inmenso cúmulo en unas regiones más apretado y en otras más difuso y dispuesto según una capa relativamente poco espesa, pero que se extiende en superficie a distancias inconmensurables. También difiere poco de esta opinión Mädler, que busca el centro del sistema conjunto galáctico en las Pléyades, siendo quizá la estrella más próxima a su centro geométrico Alción, alrededor de cuyo punto se moverán los distintos componentes del sistema solar en forma análoga a la de los planetas alrededor del Sol. Sólo los últimos descubrimientos han logrado cambiar algo estas opiniones, aunque sin desplazarlas por completo.

Según el punto de vista más reciente, la Galaxia es un cúmulo inmensamente grande, de forma aproximadamente lenticular; en ella se encuentran distribuidas las estrellas como las de una nebulosa en espiral, es decir, en brazos que parten del centro y se extienden hacia el exterior en formas de ramas de espiral. La lente total tiene una extensión longitudinal máxima de 8.500 diámetros estelares o 25.000 a 30.000 años-luz y un espesor de 1.600 diámetros o 5.000 a 6.000 años-luz. El núcleo central debe de hallarse en la región más brillante, o sea aproximadamente hacia la constelación del Cisne, y desde allí se extenderán los brazos en los que irán aumentando las distancias entre las distintas estrellas. Naturalmente todas ellas se hallan en movimiento a lo largo de estos brazos, lo que confirma el hecho de que pueden distinguirse enjambres estelares animados de movimientos comunes.

Como muestra la figura 176 el Sol, con su sistema planetario y por lo tanto con nuestra Tierra, se halla próximo al cen-

tro de esa lente espiraloide, y como los espacios intermedios de los brazos dibujados están también ocupados por otras estrellas aunque en grado mayor de dispersión, queda explicado bastante bien el aspecto que ofrece el sistema conjunto observado desde la Tierra. Si se mira desde ella en el plano del dibujo dando la vuelta en todas direcciones, la vista encuentra por todas partes espesos cúmulos indicados por las zonas rayadas y su conjunto constituye por lo tanto la Vía Láctea visible, pero si se mira hacia arriba, hacia el espacio situado encima de la lámina, se verán relativamente pocas estrellas, sólo las que están dispersas por encima de la Galaxia. Entre los cúmulos brillantes de ésta se encuentran distribuidas las nebulosas oscuras que producen las interrupciones negras que vemos en ella, y entre estas manchas se reparten los cúmulos estelares tanto más caracterizados como tales cuanto más alejados se encuentran del sistema solar; los más próximos parecen distribuidos sobre una superficie muy grande y como más extenso aparece el propio cúmulo local al que pertenece nuestro Sol. Los cúmulos son más espesos en las ramas de la Galaxia y su densidad va disminuyendo hacia afuera a lo largo de ellas, siendo por lo tanto el más apretado el central, donde se bifurca la doble espiral, sitio en que se hallan las constelaciones del Cisne y de Perseo. Al ir disminuyendo hacia afuera la densidad en estrellas se hace difícil definir los límites del sistema galáctico, por lo que las cifras indicadas anteriormente han de completarse en el sentido de que aunque se supongan extendidos dichos límites hasta 13.000 años-luz (Seeliger admite, en efecto, un diámetro galáctico de 25.000 de estas unidades), todavía existirán más allá de ellas estrellas pertenecientes al sistema, si bien en un grado de distribución extraordinariamente diluido. Y aunque se consideren los límites del sistema según Kapteyn en 30.000 años-luz y por lo tanto el diámetro en más de 50.000, no podrá decirse por esto que no queden todavía estrellas más allá.

Las distancias de las estrellas entre sí son gigantescas, obteniéndose una buena representación del vacío abrumador que existe en el espacio comprendido entre las innumerables del sistema si se supone cada una de ellas, no obstante tener las dimensiones del Sol, como una cabeza de alfiler y los distintos alfileres separados entre sí a distancias de 65 kilómetros.

Estos espacios intermedios no están, sin embargo, vacíos, sino llenos de masas nebulares en general oscuras; las reconocemos en las fajas negras que se distinguen en la Vía Lá-

tea incluso a simple vista, especialmente en las constelaciones de Casiopea y del Cisne. Estas nebulosas están constituidas por polvo cósmico que procede en parte de los fragmentos de antiguos cometas y en parte quizá también de masas gaseosas empujadas constantemente hacia el espacio desde las envueltas estelares por la presión de radiación.

Finalmente pertenecen asimismo al sistema de la Vía Láctea las nebulosas galácticas, o sean las planetarias, estrellas nebulosas y nebulosas difusas que son, las unas, masas gaseosas incandescentes que no poseen todavía núcleo de condensación, y las otras que presentan ya en su parte central la condensación con que se inicia la evolución estelar.

GINESTRA AMAJDI.

Los secretos del mundo y de la vida.
Ediciones Daimon, Barcelona.

Traducción de Alberto Terra.

DEL ARTE DE ESCRIBIR

Traducir en palabras inteligibles el propio pensamiento, resulta, a veces, desconcertante. Todos sabemos escribir y hablar, pero no todos sabemos expresar lo que pensamos y aun menos lo que sentimos. No hay fórmulas; no hay recetas; es decir, sí las hay, pero sólo descubren la parte mecánica de la tarea. A un señor se le puede enseñar a hacer versos (las retóricas sirven para eso), pero no hay medio de hacer de él un poeta. En las escuelas se enseña a escribir, y el idioma, por sí mismo, nos ayuda a pensar; pero no todos somos pensadores; los seres humanos tienen sentimientos, pero pocos pueden exteriorizarlos en forma que afecten a los demás. Y se puede escribir a la perfección y no ser lo que se llama un gran escritor. O serlo, sí, pero de espaldas al pueblo, exclusivamente para minorías. Un novelista tratará de afectado a un estilista; el poeta desdeñará al orador, y el crítico puede elogiar a uno y no darle valor a otro; cada uno es parcial en su campo y el juicio del más inteligente no es una garantía de certeza.

Cierto señor oscuro para la gente (pero famoso entre los eruditos), cerró la entrada a la Academia de la Lengua nada menos que a don Ramón del Valle Inclán; para el tal señor,

este monarca de nuestras letras escribía poco menos que en jerigonza. De don Miguel de Unamuno se dijo, durante mucho tiempo, que leerlo en alta voz equivalía a un crujir de dientes. En mi pueblo yo conocí a un caballero que se encendía en iracundia con sólo oír el nombre de Azorín, y en cuanto a Pío Baroja (académico de la Lengua), cuenta Ortega y Gasset que se equivoca en las preposiciones, y si un momento duda, ya no sabe cuál corresponde usar correctamente.

Por donde llegamos a esta cosa un poco divertida; que los maestros del idioma no saben a veces cómo usarlo. Un poco más y diremos que casi no saben escribir; por lo pronto, entre los escritores es cosa que suelen afirmar los unos de los otros.

Parece ser cierto que cada forma literaria tiene su estilo, y que sólo en su intento podríamos juzgar de su exactitud, y aun esto sería relativo, de donde cabría cierta discrepancia. Hay un lenguaje filosófico y hasta una jerga científica, lo que no impidió que un Schopenhauer, un Nietzsche, un Bergson, escribieran luminosamente, sin merma de precisión en sus conceptos; lo que prueba que, además de filósofos, eran escritores.

Cierto; hay un lenguaje abstracto (quiero decir apto para las elucubraciones del pensamiento), pero el ropaje literario no está forzosamente proscripto de él, como de la poesía más pura no está proscripto el pensamiento.

Flaubert se asombra de esto que parece una paradoja: que los grandes escritores no hayan sabido escribir. Y en efecto, Cervantes fué considerado un mal escritor por muchos de sus contemporáneos; lo que hoy nos maravilla en Cervantes, la espontaneidad de su castellano, su incansable naturalidad, pesaba como defecto y no valía como virtud; de la prosa llana de Galdós se afirmó otro tanto y en el mismo sentido, y en sus respectivos pueblos, cabe hablar de Dickens, de Balzac y de Dostoievski.

Y si los grandes escritores no saben escribir, ¿quién escribe bien? ¿Resultará que los únicos que saben hacerlo son los estilistas? Sí; en estos estilistas que el gran público suele desdénar, hay una disciplina ascética y una actitud reverente ante la palabra.

Si fuera posible que existiera una generación en la que no hubiera un solo estilista, la siguiente trataría el propio idioma como al tuntún y a lo que salga; de una manera irresponsable. Claro que también sería peligrosa una generación en la que los estilistas sobreabundaran; las flores son el ornato de la naturaleza, pero con ellas no nos alimentamos.

La nueva generación tal vez esté pecando un poco de preocuparse demasiado del estilo; en la poesía de hoy, pongo por ejemplo, hay más arquitectura que contenido; la catedral es hermosa, pero en ella no se adora a nadie. Esto pasará, pues lo que importa, es saber escribir, y en cuanto al arte de hacerlo, confesamos que hay jóvenes que han nacido maestros o poco menos.

¿Se me permite decir que a ello no es ajeno el hecho de que en la última magnífica generación de España hayan predominado los maestros del idioma? Piénsese en estos nombres: Valle Inclán, Gabriel Miró, Azorín, Ramón Pérez de Ayala, Juan Ramón Jiménez, Ortega y Gasset, Gómez de la Serna. ¿Y novelistas? ¿Verdaderos novelistas? Sólo uno, auténtico, que yo recuerde. Y acerca de ese uno, los escritores todavía no han decidido (ni importa que lo hagan) si escribe bien o mal; hablo de Pío Baroja.

Voluntariamente he dejado sin citar a dos figuras magistrales: Miguel de Unamuno y Antonio Machado, pues la estatura de sus obras los deja fuera de toda pauta. Ambos vienen del pasado y van hacia el más lejano porvenir: expresan eso que a mí me gusta llamar la eterna temporalidad de España. Y acaso no sea otro el secreto del verdadero gran escritor o del verdadero gran poeta. Dar en la temporalidad del idioma de cada época (del idioma que la gente habla y que la gente entiende), la eternidad del espíritu de cada pueblo.

XAVIER BÓVEDA.

ESPAÑA Y AMÉRICA EN EL HABLA

España y América están íntimamente compenetradas; se integran en la tradición inajenable que no es retención sino partida, en la recíproca influencia por la afinidad y el idioma. Pasó felizmente el tiempo en que se creía que el futuro idioma, distinto en cada nación de América, no sería igual al heredado, sino otra lengua nacida, como las lenguas romances del latín, de la corrupción del castellano. Daban la primacía a la móvil palabra hablada, a la voz nativa de cada uno, al vulgarismo, a las aportaciones locales que enriquecen las lenguas literarias. El idioma que ya en la España descubridora había crecido con tanta asimilada influencia conservará la eficacia

indestructible de su literatura clásica. Para el arte en su soberanía no existe el tiempo. La pérdida o el olvido de una obra ilustre importa el olvido o la pérdida de una parte de la visión y adquisición humana en cualquier lugar o época. El arte verdadero conserva su plenitud y no adolece de ningún arcaísmo. Entenderlo y entenderse es recuperar y recuperarse. Idioma viviente, cuando es viviente la mentalidad de quien lo habla, el castellano seguirá recibiendo en su léxico el nombre de cosas, usos, costumbres, singularidades geográficas, modos de nuestra idiosincrasia y los necesarios provincialismos; por sobre las variaciones locales, pintorescas y afectivas, se eleva en el universal vocabulario de la valoración y el conocimiento, con sus exigencias de claridad, de calidad, de prestigio, en la zona pensante que Theilhard de Chardin llamó noosfera, que nos pertenece por ser hombres, en la que se unen en la inteligencia que los comprende, todos los tiempos y los pueblos; ese castellano espontáneo, expresivo o pensante continúa siendo nuestro idioma sin separarse de la inmediata sensación, de la intuición, de la legitimidad de la forma. La unidad de la lengua española en América, necesidad ineludible, de arte y de relación, para no dejar de ser oídos unánimemente por todos los países hispánicos que forman la patria común del idioma, puede fortalecerse más con la elevación intelectual, con el ejercicio de la aptitud de entender, con la vigilancia de la exactitud, con la difusión de las obras de trabajado saber y de responsable independencia. La lengua literaria en su trayectoria, en su propiedad, sus recursos y sus intentos, se mantendrá por la actividad cuidadosa en la intergiversable expresión del pensamiento. No se insistirá en que el castellano que se escribe en cada región de la lengua, salvo en el individual estilo, esté separado por inconciliables divergencias del nuestro y que no esté juntamente ávido de impregnarse de la fluidez y la frescura sensible. Se tiende a acrecentar con la seguridad de la ciencia la validez del idioma como instrumento perfectible. Mientras se trabaje sinceramente, con el ahinco de encontrar la expresión indubitable de experiencias, de estados, de imágenes e ideas, que innoven, irradien, enseñen y admiren, no temeremos la fragmentación y disgregación del castellano en América, de la América indígena, tradicional, fraternal, familiar, la de las cordilleras, llanuras y selvas, la América hispánica, europea, cosmopolita, la de las ciudades donde se consagran con el privilegio de la dignidad valerosa las

inscripciones de los históricos muros, de la palabra de la liberación incontenida, de las universidades válidas por su progresiva eficiencia. Son los iniciadores del siempre empezado comienzo que ahondan en el ser, con intelecto de amor, con la intuición descubridora, los que rehabilitarán en nuestra lengua su capacidad conceptual y analítica, realzándola con iluminación cognoscitiva. La incertidumbre de su atraso como posibilidad bella, rigurosa y científica está superada por la eficacia activa de la libre finalidad indagadora. Fuera de genuinas particularidades nuestras o de arcaísmos y descuidos que debemos atemperar, circunscribir o corregir, el idioma en su anterior madurez y su modernidad, nos es común en la integridad necesaria. Somos por su intermedio nuestra expresión, llegamos hasta donde llega el ser al definirse y ofrecerse en la palabra. La penetración cambiante hacia la concepción oculta en los grados de nuestro interior espacio, ofrece el pensar, no retenido por el hábito externo, en su noción de verdad y de poética reveladora. La historia de la creación literaria y la crítica, desprendida de la parcialidad limitada, de la imposición momentánea, se detienen para interpretar y explicar en la complejidad humana la perennidad continuamente nueva de los textos dilucidados o aun no entendidos. El Renacimiento español no aislado sino implícito en el europeo, conserva para nuestro sentido de persona la vigencia de su registro esclarecido, una dirección de arte intemporal subyacente en la transformada modalidad de su tiempo. Los entendidos en la recuperación insigne miden la extensión, pesan la elegida validez del idioma, crean un platónico elemento inteligible, levantan las letras a regiones de individualidad depurada. Pensadores y artífices, se aproximan a lo esencial del universo y del hombre, a lo que sobrevive, optan entre la tradición local, sin excluirla, y la eterna para entrar en la comprensión y forjar el ámbito de perennidad humana. Los sensibles trabajadores del contenido y restauración ejemplar de la palabra, imagen de la irradiación del alma, son escrutadores de un destino. Los hermana con nosotros la perseverancia introspectiva en el descubrimiento del misterio de la espiritualidad y de la vida. Actuales por su humanidad simpatizante, sea cualquiera el tiempo en que vivieron, hallan su escala ascendente en el bien, en el saber y la razón como norma; dan, con su conciencia insobornable, sentido a su existir; seguirán siendo maestros humanamente definitivos en el estilo que los descubre. No se

los estudia para imitarlos despojándolos, sino para penetrarlos, para inquirirlos, para compararlos, para pasar a nuestra particular expresión la onda fluyente del idioma generoso, que no se agota cuando quien al escribirlo, se identifica en sí mismo.

El afán negativo y agresivo, el descontento del que no construye nada, deben enderezarse hacia la admiración estimulante, hacia el contento de educarse, de inquirir, de no dejar en el desgano la conquista de las mayores distancias: ningún día venga sin una reflexión, sin una enseñanza, sin un trabajo que nos dé en la esperanza el regalo de verlo alguna vez terminado. Habrá mucho que construir en América, mucho que debiéramos haber hecho hace más de cien años. Nuestra divisa sea, como decía de sus viajes Américo Vespucio, para ayudar a descubrir. Ayudemos a descubrir, descubriéndonos, en esta Atlántida compensadora y en mucha parte proyecto detenido que lleva su nombre.

La lectura de los permanentes autores de la lengua no sólo es un gozo estético, es una norma de confrontación y continuidad no abandonada de nuestra enseñanza. A fines del siglo dieciséis, el saber se ajusta mucho al rigor necesario y preciso. El idioma y el estilo eran asuntos vitales, el honor conseguido en una sabiduría. "Alcanzar alguno a ser eminente en letras, escribe Cervantes, le cuesta tiempo, vigilijs, hambre, desnudez, vagidos de cabeza". Y aunque en esta afirmación se exagere —y no se exagera mucho si bien se mira— ninguna edificación, ningún saber, es don gratuito; el esfuerzo tenaz e inteligente es el único gafa anhelante; el propulsor que nos despierta y exige, el que ofrece la joya lejana inencontrable, el que hace que aun nos justifiquemos en la certidumbre del hallazgo maravillado. No habrá que olvidar que la permanencia del idioma exige la exploración expresiva, la técnica del maestro en el rasgo en que se manifiesta. La palabra es contenido múltiple en su intención, en su novedad y en su trasluz concebido o etimológico. Una gran época descubridora y creadora trae históricamente una pausa, un decaimiento, la facilidad de administrar e imitar lo ya hecho. Así se explica la decadencia de España desde el siglo XVII. Esta decadencia se debió a la falta de relación y renovación, al aislarse mucho en sí misma y negar flexibilidad a la controversia; aceptemos la necesidad de relación, la fecundidad del crecimiento espiritual por la indagación interminable. Identificados en el idioma, seamos émulos en su amplitud expresiva, en su universal ensancha-

miento. En la lengua hablada gustamos del americanismo en su diapason cordial, del localismo, de lo característico regional como blasón geográfico, de la entrañable realidad circundante en aspectos, costumbres y paisajes. Hay una zona vigente y activa del conocimiento que abarca no sólo a España y a América sino a la humanidad entera, al pensamiento universal concebido por la mente en la expresión de la palabra escrita y del arte. Hagamos que en lo futuro por nuestra ansia de alcanzarlo, se guarde una buena memoria de nosotros; la memoria en nuestro amor a lo trascendente y a lo bello, a la libertad y al orden, al cimiento del hogar y a la concordancia en los fines con las naciones americanas, de la América de la confraternidad y de la paz, de un común destino, en que cada uno lleve en la ternura de su alma la parte mejor de su riqueza, una América espiritual y emprendedora, sagaz e ingenua, la América del equilibrio, de un pensar en la perfección del hombre, conservadora e innovadora, optimista sin jactancia por la creación y el adelanto, hija de sus obras, no una América que continuamente retrocede en la aspereza de las disonancias, del apresuramiento reformador, de la decepción, de la insuficiencia, del engaño, sino la que se está forjando en la colaboración prudente, alertada por el diálogo, la amistad, el método, la voluntad y el afinado juicio.

La primera exigencia debe ser la de uno mismo. ¿Cómo exigir a los demás sin el precedente de nuestra labor? ¿Cómo rescatar nuestro tiempo perdido? No pretendamos la apariencia. Crearemos en la virtud mágica de la hora laboriosa, hallaremos la calidad en la dificultad vencida, en la proporción, en la esencia. ¡Ah, la voz de América, de sus constructores, de sus líricos, de sus fundadores, de sus hombres aspirantes y sus sabios abnegados! No los olvidamos; los tenemos como nuestros con los hispánicos y universales. América, unida en la tierra, en el esfuerzo y en el bien, en la austeridad del santuario íntimo del hombre; que la belleza interior, el anhelo de superación, sean la savia inextinguible que nos traiga siempre el culto de lo noble, el anhelo de las cimas del espíritu, la gentileza, el saber verdadero, el desdén a la ridícula egolatría despótica, a la tiniebla de las apetencias subyugadoras. ¡Perdure la unión de América y España en la perduración de nuestra lengua, en la calidad de la conciencia y de la obra!

ARTURO MARASSO.

CRÓNICA

SARMIENTO

Este año se cumple el centenario de la creación de la Dirección General de Escuelas de la provincia de Buenos Aires, y de la designación de Domingo Faustino Sarmiento para ocupar el alto cargo.

Por ello, el "día del maestro", consagrado a su memoria, adquiere especial trascendencia.

Para interpretar fielmente su encendida labor civilizadora, es preciso ubicarlo en su tiempo y en su medio. Aquel medio áspero. Hostil. Bárbaro. Aquel tiempo en que todo estaba por hacerse. Desde los caminos a las escuelas. Desde los alambrados a los maestros.

El país estaba enfermo de quietismo. Sarmiento estaba enfermo de progreso. Él emerge para sacudir la inercia. Transformar el ambiente. Su violencia es constructiva. Es el genio cercado por la medianía. Hiere la tradición del país, porque lo ama. Lo golpea para levantarlo. Lo conmueve para que se realice.

A la Nación le cuesta aceptarlo así. Y sin embargo intuye que en él está la verdad. Sólo que esa verdad le castiga a él, más que a ninguno. Porque, a pesar de su exterior fornido, su sensibilidad es casi femenina. Y la cultura, a no dudarlo, es siempre una cuestión de sensibilidad. Para resolver, pues, ese problema de cultura que es al mismo tiempo un problema de liberación, Sarmiento se entrega a la inmensa tarea de "educar al soberano". Lo hace fundando bibliotecas, escuelas primarias, escuelas normales. Incorporando maestras de Norteamérica. Estudiando los diversos sistemas de educación vigentes. Dictando normas para la enseñanza. Lo hace todo con premura. Pero lo hace todo con sabiduría. Con él se inicia entre nosotros, apasionadamente, la gran batalla contra la ignorancia, el vicio, la superstición, la mentira. Él quiere que el país se llene de libros. De abecedario. De aulas. Que es como decir, se invada de luz. Por eso es el padre de la escuela argentina. De esta escuela, que a cien años de su Dirección General, revela un excelente grado de desenvolvimiento.

CRÓNICA

Allí están, para demostrarlo, los adelantos de orden técnico que representan la Dirección de Psicología y Asistencia Social, la Dirección de Enseñanza para Excepcionales y otras dependencias con fines de contralor científico.

Sin embargo, esto que es una prolongación del sueño de Sarmiento, en la realidad se enfrenta con otros aspectos negativos. Somos honestos en la apreciación. Frente al avance experimental que representa la mencionada Dirección de Psicología, está la evidencia de los numerosos edificios escolares en condiciones inaceptables. Frente a la aplicación de los tests mentales que indican la condición del alumno, y los medios necesarios para su formación, están los salones oscuros. Las puertas que no cierran. Los techos que filtran la lluvia.

En oposición al adelanto que significa la educación diferencial, están las escuelas, que por razones de espacio, funcionan con los lamentables tres y cuatro turnos. Sin embargo, esta paradoja deja un saldo positivo. Durante los últimos años, tales escuelas han sido prácticamente sostenidas por las asociaciones cooperadoras. Por esa maravillosa suma de voluntades y esfuerzos, que ha hecho y sigue haciendo tanto en beneficio de la niñez. Ellas han fundado escuelas, mejorado edificios, adquirido material didáctico, alimentado a los niños. Han resuelto, incluso, problemas de transporte. Ellas, tal vez mejor que nadie, representan la natural concreción de la semilla que Sarmiento arrojara en el seno del pueblo, y que hoy fructifica en tan honrosos gestos de solidaridad. Por otra parte, es interesante consignar que la Intervención Federal en esta Provincia, ha encarado resueltamente el problema edilicio, facilitando con largueza a este Ministerio, los recursos económicos tendientes a la realización de un vasto plan de edificación escolar.

Pero la escuela no es, ni mucho menos, una ecuación material. Es una realidad humana expresada a través de sus maestros. A ellos cabe la enorme responsabilidad de sostener y perfeccionar la escuela argentina.

Muchas muestras han dado de dignidad y altivez. Allí está, entre otros, el ejemplo de la Asociación de Maestros, que tiene una limpiísima trayectoria democrática, y que con toda la autoridad que su conducta le otorga, pide en este día el pleno restablecimiento de la serenidad y seguridad en la tarea docente. Para lo cual sugiere medidas, tales como la inmediata conclusión de las investigaciones ya iniciadas y la clausura de la recepción de denuncias de orden político, por hechos anteriores.

Actitudes así nos obligan a creer en el maestro. Y porque creemos en él, este Ministerio ha tratado de responder a sus aspiraciones, produciendo en consecuencia, un vasto movimiento de reajuste. Ha habido ascensos, traslados y nombramientos, en un momento no muy propicio para la labor específica. Pero lo hemos hecho, convencidos de que el educador que trabaja a gusto, trabaja mejor. Que más vale al niño sufrir la experiencia del cambio, si con él obtiene la compañía de un maestro feliz, que permanecer al lado de un maestro desilusionado por razones de inseguridad o postergación.

Estamos, pues, con los docentes. Este Ministerio ha de respaldarlos en su tarea. Y hará todo lo posible porque la misma les sea grata y sencilla. Pero también les pedimos la máxima colaboración. Sin la cual, no será posible cumplir con los altos objetivos proyectados. Les pedimos honestidad, alegría, justicia, superación en el hacer diario. Les pedimos tolerancia y comprensión.

Queremos los maestros capaces de hacer de espíritu la escuela de ladrillos, como lo dijera la gran poeta de América. A fuerza de corazón y de talento, sostendrán los muros vencidos. Con el amor derramado por sus manos, llenarán de luz las aulas sombrías. Con su dignidad multiplicada, levantarán los techos de adobe.

Darán un alma a las escuelas pobres. Darán un alma a las escuelas ricas. Habrá la sola escuela de los maestros con alma.

Y así serán, los legítimos hijos de Sarmiento. Los que irán formando los cien millones de argentinos, que él imaginó acaudillados por la azul y blanca bandera. Por la triple libertad del Himno. Por el laurel de la victoria en la paz.

ELENA A. ZARA DE DECURGEZ.

SARMIENTO, FUNDADOR DE ESCUELAS

La venerable memoria de Sarmiento se agigantará siempre en presencia, en todo lugar donde el amor al suelo patrio, a la libertad, estén por encima de las debilidades humanas.

Una fuerza espiritual hercúlea lo enfrentó en todos los campos de acción con tremendas responsabilidades, sólo compatibles, con la incalculable dimensión de su carácter combativo y arrojado.

No conoció ni la fatiga ni el descanso, poseído por el ansia de lograr la grandeza de la Patria, explotando su riqueza con la disciplina y el método que intuyó su inteligencia creadora.

Como luz, o como espada, estuvo siempre al servicio de la causa más patriótica y desinteresada.

¿Qué suerte de estrella lo hizo nacer al pie de la montaña, en esa tierra sanjuanina que por encima de todos los destinos, venturosos o adversos, mira constantemente a lo alto?...

Indudablemente la suerte del preclaro, del elegido, del civilizador.

En su aptitud para la resistencia o para la reacción, está su insuperable autoridad moral sin claudicaciones, sin desesperanzas, en franca línea de ataque y generoso avance de vencedor.

Sarmiento, savia del Nuevo Mundo, rejuveneciendo siempre en su pensamiento como los verdes valles de la cordillera en primavera, es la realidad de un símbolo más cerca de nuestra comprensión, por tanto acontecer histórico y más cerca de nuestro sentimiento, por el calor humano de su silencio contrapuesto al fervor de su voz, con la misma verdad y el mismo amor. Su voz, que a los catorce años empezó a oírse en la escuelita rural de San Francisco del Monte, punto inicial de su misión creadora, y en cuya puerta grabara esta bella inscripción: "Unus Deus, una Ecclesia, unum baptismo. D. F. S.", voz que fué engrandeciendo y dignificando el acervo de la Patria en el Colegio de Pensionistas de Santa Rosa (San Juan 1839), con el primer discurso de su brillante oratoria; en la Escuela de Preceptores (Santiago de Chile 1842), la primera Escuela Normal sudamericana; en el Liceo de Santiago (Chile 1842), institución particular de enseñanza, aniquilada dos años después por la propaganda desleal de sus adversarios; en la Escuela Modelo Catedral al Norte (Buenos Aires 1860), ensalzada en la inauguración en la poesía "Al propulsor de las escuelas", de doña Juana Manso, valiente educadora; en el Colegio Preparatorio, hoy Colegio Nacional (San Juan 1862), exaltando los beneficios de la enseñanza preparatoria universitaria; en los cimientos de una escuela primaria monumental (San Juan 1862), que llevó su nombre "como anticipo del juicio de la posteridad y lenitivo a las heridas cosechadas en la áspera lucha"; en la Quinta Normal de Agricultura (San Juan 1862), infundiendo optimismo con sus claras ideas sobre sus beneficios; en el Colegio de Señoritas (San Juan 1862), confiando a la inteligente dirección de su hermana, doña Bienvenida, comprometiendo a las educandas a consagrarse a la enseñanza primaria; en las Escuelas Nocturnas para Adultos y para Artesanos, incitándolos a instruirse después de las tareas

en pos de un futuro mejor (1869), en la primer Escuela Normal Argentina (Paraná 1870), destruyendo con ella prejuicios contra la educación y el trabajo de la mujer fuera de su hogar; en las Escuelas de Minas (San Juan y Catamarca 1870), realizando un acariciado sueño; en el Colegio Militar y en la Escuela Naval (1870-1872), promoviendo la formación técnica de las fuerzas armadas de la Nación; en la Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas (Córdoba 1870), con la presencia en las cátedras de sabios maestros extranjeros que garantizaban la eficacia de disciplinas mentales iniciales; en la Escuela de Telegrafistas (Buenos Aires 1872), orientando a la juventud en nuevas especialidades; en la Academia de Ciencias (Buenos Aires 1872), en el nunca satisfecho anhelo de elevar al más alto grado el nivel cultural de su país, y en el inagotable predicar en escuelas, instituciones, decretos, congresos con esa pasión civilizadora del maestro de los maestros argentinos, que fué la fuerza y el norte de su vida.

Si alguien preguntara qué escuelas fundó Sarmiento, más breve sería decir cuál no fundó, porque en asunto enseñanza, no hizo aquello que en su limpio sentir, no fuese un bien para la cultura de su país.

Es por ello que aun cuando no hubiera del gran sanjuanino una sola estatuta, por encima del mármol y del bronce, su presencia vibraría en su obra educativa.

JULIA OTTOLENGHI.

LA VIDA EJEMPLAR DE SAN MARTÍN

La lección de la vida ejemplar de San Martín, no ha sido superada por hombre alguno de la historia: funda la libertad en el Nuevo Mundo con el exclusivo fin de que los hombres gocen de sus beneficios. Es el primer guerrero de la historia que quiere ser y es únicamente un libertador, y cumple su misión sencillamente, como si en él hubiera algo más que un hombre. En todo procede espontáneamente con pasmosa seguridad. Cuando sale de la tierra que le vio nacer, es muy niño, pero la lleva en su espíritu como una imagen querida e indeleble. De ascendencia española, él se sintió tan indígena como los indiecitos aborígenes de la agreste Yapeyú, sus compañeros de niñez. Razón tuvo el poeta que cantara: "Nació como el torrente — en

ignorada y misteriosa zona — de ríos como mares — de grandes y sublimes perspectivas — do parece escucharse en los palmares — el sollozo profundo — de las inquietas razas primitivas". Él iba a responder al llamado de esa tierra que sentía en lo íntimo del alma, realizando las grandes y sublimes perspectivas, elevándola a la libertad propicia.

Imaginemos el momento de la decisión sublime, cuando el jefe prestigioso, con un brillante porvenir suguro en Europa, renuncia a todo y viene a ofrecer su espada a su patria naciente, que con sus precarios medios nada podría darle en recompensa, y que estaba empeñada en una lucha difícil, más que problemática, de perspectivas desfavorables. Y cuando, llegado a Buenos Aires, es encargado de la formación del Regimiento de Granaderos, quiere consubstanciarlo con la tierra de su nacimiento y pide al Triunvirato — el gobierno superior de esa época — que el primer plantel de sus futuros soldados, sean jóvenes de la región guaranítica de su nacimiento. Y si así procedió fué porque llevaba en el alma, indelebles, sus horas de niño, y pensó que esos criollos del cordial recuerdo podían probar, en afinidad con su genio, que merecían ser libres y hermanarse con los mejores en el camino de la gloria y en la dignidad del esfuerzo virtuoso.

Aprovechemos esa lección de fe inquebrantable, y afirmémosnos en nuestra propia esencia nativa, para formar una nación bien caracterizada como lo exigen los que nos dieron la dignidad de nuestro destino. Otra cosa sería perder la dirección original por extraños espejismos; sería olvidar funestamente que las horas de trabajo, de grandeza, en las que está posibilitado nuestro pueblo, es el resultado de aquellos sacrificios, de aquellas heroicidades que santificamos en el recuerdo agradecido, que nos alientan en el esfuerzo abnegado, en el trabajo y en el estudio cotidianos.

Recordemos siempre a San Martín en su grandeza moral como ejemplo de hombre para una democracia, y no olvidemos tampoco las acciones que él protagonizó como guerrero para que los argentinos todos, hagamos de su abnegación y sacrificio, fibra de nuestras carnes y luz ideal de nuestros espíritus, para que se traduzca en nosotros, en virtud ciudadana la moral de su vida. Recordemos ese sacrificado y singular esfuerzo que es el Paso de los Andes, nunca lo suficientemente ponderado; hazaña que no tiene igual en la historia, y que muchos han comparado — comparación inadecuada —, con el Paso de los Alpes, por Aníbal en la antigüedad o por Napoleón en la época moder-

na. Sarmiento, con esa vigorosa y clara visión de su espíritu, dió contestación, hace más de un siglo, a esas comparaciones fáciles. "Mil historiadores —dice— han ponderado aquellas hazañas; y bien —agrega—, al pasaje de la Cordillera apenas si se le ha tributado un pasajero asombro". ¡El San Bernardo en los Alpes y los Andes! "Un solo día de trabajos en aquél, y en seguida la risueña Italia, con sus alegres campiñas, y sus ciudades y sus encantos... Un día de trabajos inauditos en ésta, en medio de sus erizadas cuestas, ¿y luego?... la Cordillera siempre, con su soledad espantosa, sus torrentes, sus abismos, sus laderas, sus precipicios; ¿y diez días después?... la Cordillera siempre con sus nevados picos, cerrando el paso, coronada de nubes blanquecinas, amenazando por momentos sepultar para siempre entre sus desnudos e inhospitalarios peñascos a los audaces patriotas que osaban escalarlos".

Un episodio nos dará la pauta de los mil en que abundó la gran hazaña; escenario, las altas cumbres, sin más testigo que Dios. Lo va a describir también Sarmiento, que obtuvo el relato de uno de los protagonistas: "Un día el cabo de guardia sorprendióse ante un centinela de los puestos avanzados que no respondía al ¡alerta! habitual... estaba muerto en su puesto, parado, con el fusil en el brazo, endurecido por el hielo que le había penetrado en las entrañas y suspendido el movimiento de la sangre".

Imaginemos ese Paso de los Andes después de días crueles de tantas peripecias; el ejército patriota bajando la cuesta, para, casi de inmediato, con intervalos de horas, librar la primera batalla; la infantería y la artillería contenidas, batiéndose heroicamente, hasta que los granaderos, con su jefe al frente, cargan con un denuedo pocas veces visto en un campo de batalla, y detrás de San Martín van los escuadrones de Soler, de Lavalle, de Necochea y otros, y, allí en Chacabuco, como después en Maipú, en Nazca, en Pasco, en Río Bamba, en Pichincha, en Junín y en Ayacucho, sabrá la América y el mundo que el soldado argentino —el verdadero soldado argentino—, el que está imperturbablemente dentro de los ideales sanmartinianos, que definen y distinguen a los argentinos, en cualquier latitud que desenvaine su espada, lo hace sólo por la libertad en la que asienta su dignidad el hombre.

En estas circunstancias, al referirse al guerrero, no voy a hablar de sus batallas técnicamente perfectas, de soluciones genialmente previstas que no tienen parangón en el suelo de América. Voy a mencionar algunos episodios de su vida, donde

más claramente surge su grandeza moral. Y en el ambiente de difusión de esta revista, que tiende a orientar a la enseñanza, es decir a los que están encargados de formar en cada generación, el plasma prístino y permanente de la nacionalidad. Recordemos que San Martín en los intervalos del fragor de las batallas, no olvidó nunca la cultura, y al fundar bibliotecas o escuelas, o al dirigirse a los maestros dijo: "La educación formó el espíritu de los hombres. La naturaleza misma, el genio, la índole, ceden a la acción fuerte de este admirable resorte de la sociedad. A ello han debido siempre las naciones la varia alternativa de su política. **La libertad, ídolo de los pueblos libres, es despreciada de los siervos porque no la conocen.** Nosotros palpamos con dolor esta verdad.

"Recuerde el maestro, el preceptor de las primeras letras, que esos tiernos renuevos dirigidos por sus manos, formarán algún día una nación culta, libre y gloriosa".

Cuando todo era desfavorable para la causa de la libertad, cuando los ejércitos que luchaban por ella estaban derrotados en toda la extensión de América, y en Europa los monarcas poderosos y absolutos se reunían para apagar todo ideal de libertad sobre la tierra, al pie del Ande estaba soñando con hacer del suelo que le vio nacer, una patria noble, estaba San Martín, como sublime esperanza. El Congreso de Tucumán reunido en esos críticos momentos, con la influencia moral de aquel hombre, retemplado en sus propias convicciones, produce la **Declaración de la Independencia argentina**, de incuestionable importancia para los destinos de las naciones de América.

San Martín, aun en las circunstancias más desfavorables, procedió siempre con su imperturbable superior jerarquía, porque era un convencido de que ninguna otra fuerza puede superar en la realización de los grandes ideales a las fuerzas morales que mueven al hombre a producir sus más nobles acciones. Por ello son estrictamente justas las expresiones que lo consagran en la historia como "El Santo de la Espada". O "es un guerrero que habla con la palabra de los poetas y piensa con el pensamiento de los santos".

Su heroicidad es famosa, pero lo incomparable en él, es su fuerza moral. Recordemos a todos los grandes generales de la historia y veremos hasta qué cumbre moral ha llegado San Martín. Comparemos, expuestas en lo esencial, estas dos proclamas: la de Napoleón, surgido de la Revolución Francesa y la de San Martín, representante de la Revolución de Mayo. Dice el europeo a sus soldados al pasar los Alpes: "Soldados: estáis desnudos, mal alimentados... Voy a conducirlos a las llanuras

más fértiles del mundo. Provincias riquísimas y grandes ciudades caerán en vuestras manos". Dice el argentino pisando triunfalmente en tierra extraña: "Soldados: acordaos que vuestro gran deber es consolar a la América y que no venís a hacer conquistas sino a libertar pueblos".

Antes de partir para Guayaquil a coordinar las fuerzas para terminar la guerra de la independencia americana, convoca al Congreso Nacional del Perú "para que estableciera la forma definitiva de su gobierno y diese al país la Constitución que mejor le conviniese". General victorioso, dió así a su patria, a la América y al mundo, una insuperable lección de democracia.

Cuando vuelve a Lima, fiel al principio de no ser sino un libertador, va a delegar en el pueblo soberano el gobierno que retenía por la fuerza de las circunstancias, y va a pronunciar aquellas palabras que consagran la historia y agrandan su figura en la gloria inmortal. Lleno de singular modestia dice: "Presencí la Declaración de la Independencia de Chile y del Perú. He dejado de ser hombre público. Mis promesas para con los pueblos están cumplidas, hacer su Independencia, y dejar a la voluntad de los pueblos la elección de sus gobiernos". La virtud que encierran estas palabras es insuperable.

Por todo lo expresado, no olvidemos que San Martín es la soberana estrella de nuestro destino y que no necesitamos de ejemplos extraños ni extremos, para figurar con honra en la historia del perfeccionamiento humano. Él nos enseñó a respetar a los hombres y a dignificarlos en la libertad; él nos enseñó a respetar a los pueblos levantándolos al nivel de la independencia, dejándolos en la digna libertad para la elección de sus gobiernos; él nos enseñó que en el Nuevo Mundo debía formarse una nueva modalidad política entre las naciones, modalidad de concurso y de respeto recíprocos, de unión y de igualdad en la libertad y en el derecho. Por todo esto ¡tan hermoso! y de difícil superación, no comparemos nunca la gloria de San Martín con la de ningún otro; su gloria no está forjada en la leyenda impecable para copiar a su imagen imprecisa el carácter de un pueblo. Los argentinos nos identificamos con su gloria perfilada estrictamente por la historia: es real, es humana y será eterna, porque ha de vivir lo que su pueblo, y no sólo "mientras haya en los Andes una roca y un cóndor en su cúspide bravía", como dijo el poeta. Vivirá mientras haya en la conciencia humana un poco de luz, la suficiente para que el hombre no pierda su sentido de nobleza y su aspiración de libertad.

Este es el hombre que está por sobre todas las vicisitudes indisolublemente unido a la argentinidad, porque la tierra de su nacimiento fué su polo magnético invariable: luchó por su libertad, y le dió la libertad con su espada; quiso vivir tranquilo en un rincón sereno de su suelo, y no le fué posible por las luchas fratricidas; quiso morir bajo el apacible cielo de su patria y esperó más de veinte años sin superar el período de la tiranía de Rosas. Y pasó la vida esperando "que su país le ofreciera garantías de orden para regresar a él". "Para vivir en mi patria —dijo— la tranquilidad que tanto apetecía". Y hasta en la hora de su muerte, pensaba en su tierra lejana, y quiso que su corazón reposara en ella definitivamente.

Este es el hombre que latió, puede decirse, con el corazón de su pueblo, en el seno del cual tuvo la tragedia de no poder vivir y la suerte de estar en él, en espíritu, definitivamente. Y estará por siempre, por sobre todas las vicisitudes, señalándole un alto destino, y así irá a un mundo moral no superado por ningún otro pueblo de la tierra, precisamente por haber logrado identificarse con la moral de su vida que define al ser argentino.

MARCELINO E. VILLAR.

POSICIÓN HISTÓRICA Y TÉCNICA DEL ARTE ETRUSCO

El hecho etrusco se sitúa entre lo natural y lo extraño: un poblamiento alógeno, pero en una península diversa y mutable desde siglos; una lengua aislada, de la cual no entendemos más que algunas palabras, pero de alfabeto griego límpido; una expansión histórica grandiosa, pero sobre la cual no nos quedan más que ciertos detalles esporádicos y fragmentos de los anales sofisticados por los Romanos victoriosos... El conocimiento del arte de los Etruscos, surgido de un siglo y medio de excavaciones y de discusiones, nos ofrece al menos una certeza de autenticidad y de continuidad.

Este arte plantea desde el principio un doble problema: del helenismo exótico y de la toma de conciencia original, pero frágil y desigual. Por eso la atracción que ejerce, periódicamente inquieta. Hace ciento treinta años, la cerámica griega exhumada de Toscana se llamaba "etrusca", en 1917, uno se preguntaba delante del Apolo de Veies, apenas salido de la tie-

rra, si no era "griego" a pesar del inmediato contraste que proponía a la imaginación el del Piombino. La exposición que de Zurich, Milán, La Haya, se traslada hoy a París, por su amplitud, por la ciencia de sus organizadores, por las presentaciones diversas de los mismos objetos, permite en fin una vista de conjunto, rica en sugerencias. Las líneas de fuerza se determinan por la disposición misma: son claras. Se nos permitirá atraer la reflexión más bien sobre ciertas incógnitas o sobre ciertas singularidades: basta a veces evocarlas para gustar mejor el sabor de un relieve a flor de piedra, de un pequeño bronce o de una cerámica.

Los marfiles de aplicación estaban alegremente pintados, sin duda también los relieves de Chiusi. Y, en estos últimos, los motivos habituales ni tampoco la ejecución imponían casi la idea de la muerte, mezclaban más bien el recuerdo del difunto a los encantos de la vida. Otra sensibilidad estética se advierte en las pinturas hipógeas, de iguales motivos sin embargo, que son la gloria de Tarquinia. De esas tumbas con frescos, hay otras, y de iguales estilos, en Vulci, en Chiusi... Pero, desde el 550 al 450 más o menos, Tarquinia parece haber tenido en la pintura iguales ventajas que Chiusi en el trabajo de la piedra blanda: un contacto consentido, pero libre con el arte griego; una comprensión íntima de sus aspectos sucesivos; una maestría de expresión que en varios casos nos lleva a decir que estos artistas han agregado una provincia al helenismo. Un sentido del espacio (Tumba de la caza y de la pesca), del color (Tumba de las Leonas), del gesto ritmado (Tumba del triclinio), de la vida calma y feliz. Lo más sorprendente es imaginar el trabajo de la pintura en esos cuartos cerrados y el despertar extraño del mundo animado y tornasolado que él había creado, cada vez que la tumba se reabría para acoger a un muerto a la luz de las antorchas.

Fuera de las obras maestras de "gran técnica" donde el acento personal de un maestro-artesano se revela hasta en la convención de lo rutinario, ¿qué hay de lo que nosotros llamamos, de manera bastante ficticia, "obras de arte"?

¿Cuántas piezas de valor había aquí, con las dos mil estatuas que, se dice, atraieron sobre Volsinies la codicia de los romanos?

La gran escultura no estaba alentada por una arquitectura de maderas, ni por la contextura grosera de las tobas. La monumentalidad de los túmulos redondos, tan impresionante en Caeré, no le hace parte: no conservan al secreto de sus colí-

nas cercadas de piedra más que muebles. En Vulci, sin embargo, figuras arcaicas, rudamente talladas, Centauro, Caballero Marino, esfinge, leones, guardan las tumbas: requieren un estudio que no se hará esperar.

Pero es la ornamentación en Terracota de la superestructura de los templos que, pocos decenios más tarde sin embargo, revelan una original y seductora maestría. Siempre en el marco de las influencias griegas de moda y marcadas de un carácter técnico local, pero personales también. La agilidad dionisiaca tan sabrosa de las acroteras y las antefijas Satrium, la rígida grandeza de las estatuas de Veies, son conocidas por todos. La Terracota se prestaba a las delicadezas de modelado, a los acentos netos y autoritarios también; pintada, satisface el realismo ilusionista de los etruscos. Pero se ha marcado suficientemente que esas extrañas zarabandas y esas escenas mitológicas, destacadas en pleno cielo (y que por eso adquirían una sublimidad sobrehumana), anticipan el gusto barroco y las realizaciones post-berninescas.

No es, para decir la verdad, por esas obras que se toma conciencia de las fuerzas vivas y de la vocación artística de los etruscos. Vale más volver a las creaciones de sus "infancias": estas urnas cinerarias de Volterra sobre la tapa en la cual el muerto se ha sentado a la mesa entre su esclavo y el cráter de vino, esos otros de Chiusi donde la imagen plástica de la difunta domina una ronda de figuritas más pequeñas, esos muebles de bronce, vaso o escalfador rodante, erizados de cazadores rodeando a un oso, de guerreros, de labradores, de mujeres volviendo de la tarea de buscar agua... Una necesidad plástica se revela aquí, de gusto popular, de plenitud realista, de franqueza inmediata. A este resplandor se comprende mejor los efectos de la "disciplina" artística de los griegos y en qué medida el temperamento etrusco se revela aquí. Sobreabundancia de vida, dinamismo, expresionismo, transparencia igualmente, aunque de manera diversa, bajo las formas helenizadas: sea esto en las danzas o juegos funerarios del período plástico, o en las escenas trágicamente animadas de las urnas posteriores, o en las charlas voluptuosas de tantos espejos grabados. Complacencia en el ritmo, complacencia en la belleza sexual: esos rasgos se añaden a los precedentes para evocar un desarrollo en efecto muy italiano. Inadvertida en primer lugar (o subyacente a la sencillez de las expresio-

nes populares) una tendencia a la exageración grotesca u horrible se soltó más tarde de la dominación idealista de los griegos: un gusto de la violencia, un oscurecimiento del pensamiento escatológico utilizarán o aventajarán esta nueva componente de la originalidad estética de los etruscos.

Quizá será más fácil explicarse así por un lado el individualismo sabroso o la vivacidad el bosquejo (por muy elaborado que sea el trabajo) de muchos pequeños bronceos utilizados como soportes de candelabros, como pies o como asas de cisto, por otro lado los coronamientos plásticos muy animados de los templos etruscos o los hormigueos (poco arquitecturales) de ciertos frontones. Pero sobre todo se está en las fuentes de dos grandes creaciones artísticas cuya influencia benéfica no se ha agotado: el retrato realista y el sarcófago figurado. Una introspección brutal e interpretación dura, que no retroceden delante de los rasgos caricaturales, hacen repulsivos muchos de los rostros funerarios etruscos, pero hay muchos también, ya sea en las urnas de tamaño pequeño, ya sea en las de tamaño más que natural, en los cuales el acento verista revela la ciencia helenística de los volúmenes, sin dañar —ni mucho menos— al estilo; es éste un arte que los romanos ya no dejarán escapar aún en el curso de sus períodos clasicizantes. En cuanto al sarcófago esculpido, lecho de un difunto yacente o banqueteante está en potencia ya en las urnas cinerarias, a veces con varios personajes, sin contar el relieve simbólico de la cajita; ya tienda a la simplicidad monumental o rodee la efigie del muerto con figuras elocuentes, se sabe con cuántas obras maestras esta fórmula nos ha enriquecido, desde Roma a la Edad Media y hasta los tiempos modernos.

Los griegos mismos llamaban con la misma palabra al artista y al artesano: lo que no quiere decir que ellos confundían las realizaciones. La producción de los talleres etruscos comprende desde los peor hasta lo más bello: ¡qué diferencias entre sus piedras grabadas, entre sus grabados sobre bronce hasta esas obras maestras que son el espejo de la apoteosis de Heracles o la Ciste Ficoroni! Pero, en una zona media, se establece en sus obras en todo una producción sabrosa donde se une a la técnica y a la materia logradas un deleite vital, del gesto y de la expresión. El objeto llega a ser entonces encantador e inolvidable, con otro "sentimiento" que el arte griego en el cual se inspira. Pero quizás, en última instancia

su atractivo viene del hecho que nosotros adivinamos en él, captado en la red dorada del helenismo, un porvenir realmente italiano: con soltura en la belleza formal, con realismo y aun con barroquismo.

JEAN BAYET.
(de la Revue des Arts).

Traducción de Luz E. Pepe.

ESTAMPAS PLATENSES: LA CALLE PRÍNCIPE

Apenas tendida sobre el campo, la delinearon los primeros edificios públicos, y a poco andar imponíase entre sus gemelas. Era paso obligado de las iniciales avideces de progreso y de fortuna, de arraigo y de tránsito, diligente colmena donde elaborábase la miel de la nueva capital. Sus pocas cuadras sintieron el tránsito de lerdos vehículos apresurados, viajeros ansiosos, funcionarios atareados, acuciados políticos, especuladores intrépidos hasta que la noche prendía sus estrellas, y los arcos voltaicos parecían otras tantas "novas" arrancadas al misterio del firmamento.

Aglomerábase el comercio incipiente alrededor de la estación ferroviaria, los ministerios, la Legislatura, los dos Bancos oficiales de la Provincia y la Bolsa de Comercio. Todo germen estaba en ellas, como los éxitos y los fracasos de los primeros habitantes. Fué desde el comienzo la calle central, por lo tanto, príncipe. En ella floreció la fortuna cuando era venturoso auge, formación brillante y riesgo protegido. Los Bancos poderosos tutelaban los proyectos fantásticos y cubrían los descuentos del porvenir. Su ancha calzada acogía lujosos carruajes y audaces planes de progreso. Junto al paseo de los hermosos "troncos", que rivalizaban los días festivos en las "tardes del Bosque", cruzaban los ensayos de la electricidad como fuerza motora de los hoy anticuados tranvías, aunque ello no pasó de prueba.

De la luz eléctrica, que alumbró las primeras noches de la ciudad, tuvo la calle 7 la primicia. En la plaza, que abría sus perspectivas entre 50 y 54, instalóse, sobre torre esbelta, el primer foco resplandeciente que los navegantes del río epónimo señalaban con un faro en la noche, visible desde la más apartada orilla.

No tardó, sin embargo, en desgranarse la próspera y luciente infancia de la nueva capital, por las sendas de esa misma calle príncipe, donde asomaron los primeros nubarrones de la soledad y la pobreza. El gran Banco derrumbóse entre la fronda naciente de sus bellos jardines circundantes, y sus verjas apretáronse como las de un carcelero aherrojando las esperanzas, agobiado por la "crisis del progreso" cernida con sus negras alas sobre el ámbito argentino. Y vino el desbande y la ruina de los apresurados, dejando un campo sin espigas, aunque una tierra en surcos donde fué depositándose silenciosamente el polen de los pacientes, de los enamorados y los perseverantes, que sabrían esperar en la medianía y vivir como Dios manda, afincados en la lucha, confiados en la fuerza invencible del espíritu que paseaba sus sueños sobre los pavimentos primitivos, los palacios desiertos, las noches tristes y los días nostálgicos, viendo pasar la caravana del éxito con los fuegos apagados, los pendones en marcha de regreso y desengaño.

Los convoyes ferroviarios se hicieron lentos y monocordes. Desembocaban diariamente en 7 y 50 su carga de funcionarios y tramitantes, exlgidos por las necesidades administrativas, y la calle 7 absorbía, en pocas horas, la experiencia de lo prestado y sumaba la energía de reserva latente en sus animadas tertulias vespertinas y el bullicioso desenfreno de una juventud más vieja que la ciudad, campo abierto a una perspectiva no captada todavía. Llegó un momento en que fué ancha vía para las limitadas posibilidades de los pobladores platenses, apenas desplazados hacia las tareas curiales en la lejanía del Palacio de Justicia, donde al amparo de su soledad distante, se elaboraba la conciencia de los fueros de la ciudad adolescente.

Aquí convergían confiados comerciantes, gestores de negocios ajenos, inquietos estudiantes de precaria universidad, albergada en el desprevenido palacio del Hipotecario Provincial, ya en liquidación. Inquietos estudiantes que terminaban por convertirse en empleados públicos para asegurarse cierta capacidad pecuniaria y la libertad de sus tardes y noches de café, estratégicamente ubicados ya a lo largo de la avenida, también alegremente recorrida por el cuerno sonoro de típicos mayoresales deslizados sobre rieles, al tiro de escuálidos jamelgos, que se perdían en las curvas de enlace con los sitios apartados, uniendo las zonas de los "yuyos" con los restos opulentos de la grandeza malograda.

La ciudad crecía, vivía como una familia y se cultivaba en las reuniones apacibles del verano, con sillas en las veredas, o en

los salones de invierno, donde campeaba la distinción inextinguible de las flores soberanas erguidas sobre tierra abandonada. La calle 7 lucía sus veredas familiares, pero sus cafés se poblaban de laborantes endomingados tarde a tarde y se teñía con la irreverencia de atrevidos parroquianos que alteraban el "vermouth" con el billar y las grescas.

Limitada en su expansión por las dos plazas extremas, donde terminaba virtualmente la ciudad, sus cuadras eran ya una síntesis de toda ella, con sus palacios, sus comercios y sus baldíos, escalonada de jardines vedados al viandante por el enrejado anacrónico, evocador de viejos peligros no totalmente extinguidos.

Una vez al año engalanábase con el bullicio de las carnestolendas, coronada de flores, mascaradas y comparsas, en noches brillantes, durante las cuales rivalizaban la alegría, los galanteos y el amor, celosamente guardados el resto del año en el recato de las tímidas concesiones familiares. Largo tiempo reinó esa dinastía ocasional, que aligeró los días, enlazó destinos y embelleció la vida de los recuerdos con el cántico de alegres cascabeles y el color de fugaces serpentinas.

Vinieron luego los días febriles del pueblo adormecido y se pobló el ámbito de la avenida con las voces tonantes del ardor cívico. Triunfaron los desfiles, volcándose los anhelos, confundieron los impulsos, desplegaronse todas las banderas, acogidas a la generosa resonancia y la huella luminosa de su anchura.

En esas corrientes de la vida parecía desperezarse la ciudad como en un amanecer, hasta que retornó la euforia y nuevas líneas fueron relevando el perfil que hoy define la fisonomía platense. Pulióse la avenida principal con las fibras del asfalto y el brillo de sus aceras, laboraron manos expertas, abriéronse calles obstruidas por los galpones de la improvisación, retiróse el ferrocarril que dividía la ciudad en dos sectores opuestos, vinieron los soles de la primavera, crecieron los tilos, llegó el amor de los hijos, sintieron corazones templados en la belleza urbana, encendiéronse las luces firmes del progreso, despejaronse los palacios de sus disimulados matorrales y sus verjas egoístas, distribuyéronse las galas, desaparecieron los restos de la aldea acurrucada en sus esquinas domingueras, pobláronse de nuevo los recintos, asentaron su vuelo las golondrinas estudiantiles cambiándose en alondras precursoras, y todo fué a dar a esa vía príncipe, que modificó su estructura, pero conservó el fuego

de su espíritu, multiplicado en el fluir incesante de inquietudes, dolores y alegrías de la ciudad despierta, que le ha discernido el trono de un reino imponderable, al que llegamos todos los días para volver a los hogares impregnados del perfume de sus tilos maduros, prendida a nuestras almas esa vibración alada que parece llenar su trayecto.

Poblada de viandantes y rodados, rumores y pregones, abierta en mil puertas y vidrieras tentadoras, a toda hora se vuelca y la recorre sin tregua el afán de la ciudad, y multitud de vidas conjugan su verbo en intercambios utilitarios, encuentros cordiales, romances juveniles, tertulias sosegadas, en las mañanas luminosas, en los plácidos atardeceres y en las noches estrelladas, todavía presentes, a pesar de los artificios deslumbrantes del progreso. Allí, todas las generaciones se saludan.

RAMÓN T. GARCÍA.

ÍNDICE DEL TOMO III

	Pág.
Acevedo Díaz, Eduardo	El paso de los Andes, camino a través de cuatro cordilleras
Acuña, Pedro S.	Disciplina en el aula
Ageitos de Castellanos, Zulma J.	Un mundo minúsculo y maravilloso ..
Agudo, Celia	Susan Isaacs, Conflictos entre padres e hijos
Alcoba de Fernández Obieta, M. T.	Sociedad, Estado y Música
Amaldi, Ginestra	La Vía Láctea
Ambrosetti, J. B.	El farol
Autenchlus de Maier, Olga F.	Excursiones arqueológicas
Autenchlus de Maier, Olga F.	El rito de los mineros
Avellaneda, Nicolás	En la instalación del Observatorio Astronómico de Córdoba
Babelon, Jean	El retrato
Bachelard, Gaston	La dificultad
Bayet, Jean	Posición histórica y técnica del arte etrusco
Benítez, Rubén A.	Don Juan Valera y nuestros problemas espirituales
Blotto, Haydee C.	Len Howard, Los pájaros y su individualidad
Blotto, Haydee C.	Jacques Bourcart, El fondo de los océanos
Boirel, René	La invención técnica
Bonfanti, Enrique	Metafísica y ética del trabajo
Bóveda, Xavier	Del arte de escribir
Brihuega, Miguel E.	Consideraciones sobre axioterapia psicológica
Brunschvicg, León	Razón
Busto, Eduardo H. del	Luis A. Santaló, La probabilidad y sus aplicaciones
Cabrera, Angel	La enseñanza de las Ciencias Naturales
Cabrera, Angel	Animales navegantes y aviadores
Canals Frau, Salvador	Los negros en la etnogénesis argentina
Carilla, Emilio	Ricardo Jaimes Freyre y sus Estudios sobre Versificación
Castiglioni, Arturo	La orientación de la alquimia hacia la investigación positiva
Castillo, Horacio	Fundación y Símbolos de La Plata ...
Castillo, Horacio	Eduard May, Filosofía Natural

Colomba Bolaños, María	Música y Educación	Pág. 198
Contenau, G.	La magia en Occidente	604
Costantino, Italo N.	Los Parques Nacionales y su acción sobre la formación del Hombre	16
Cortina, Augusto	En torno a "Conceptismo" y "Cultismo"	269
Cotta de Varela, Laura B.	La grafología en la escuela primaria	619
Chambrón, H. y Dejean M.	Psicología del Lenguaje	166
Delatte, Armand	La Constitución de los Estados Unidos de América y los pitagóricos	517
D'Harcourt, Robert	El valor del tiempo en Goethe	377
Dirección, La	Los Mármolés de Egina	209
Dirección, La	Los Nombres Geográficos	210
Dirección, La	Nuestros problemas	464
Dorcas Berro, Rolando	Centenario del Departamento de Escuelas de la Provincia	544
Dorfles, Gillo	Bosco	69
Douglas, J. S.	Jardines del Océano	159
Ducrocq, Albert	El calendario geológico	355
Eliggi, Mabel C.	Enseñanza agrícola	118
Eliggi, Mabel C.	Víctor Tau Anzoátegui, Orígenes de la enseñanza primaria en la campaña de Buenos Aires	195
Enríquez, Balbanera Raquel	Paul-Henri Michel, De Pythagore à Euclide	189
Finó, J. F.	Presente y Porvenir de las Bibliotecas Argentinas	207
Flora, Francesco	El Arte Petrarquista	107
Foglia, Carlos A.	Orientación Artística	203
Galichet, Georges	La gramática, disciplina de cultura	335
Gandía, Enrique de	Las ideas políticas de Juan de Solórzano Pereyra	35
García, Ramón T.	Estampas platenses: La calle Príncipe	715
García de Diego, Vicente	La imprecisión, sino fatal del lenguaje	184
Gratton, Livio	Planteo moderno del problema cosmogónico	276
Grimal, Pierre	El mito en el pensamiento de los antiguos griegos	461
Guasch Leguizamón, Jorge	Apuntes semánticos	163
Guiraud, Pierre	Semántica de la expresión	186
Herrero Mayor, Avelino	Trastornos del lenguaje	651
Huisman, Denis	Metodología del arte	589
Ibáñez, Iris Acacia	La enseñanza de la Literatura	149
Jaccaci, August F.	Paisajes de Castilla	381
Jaeger, Werner	La actitud analítica	644
Lamirato, Alberto Hernán	Observaciones sobre la enseñanza de las ciencias en el ciclo secundario	627
Lantier, Raymond	Las antiguas humanidades	350
Lázzaro, Cosme	Estrellas perpetuamente visibles (Circumpolares)	20
Lázzaro, Cosme	Consideraciones astronómicas	690

Maiorana, María Teresa	Congreso Internacional por el latín vivo	Pág. 201
Maffei, Francisco	Herman Nohl, Antropología pedagógica	425
Maffei, Francisco	Pierre M. Schuhl, La obra de Platón	671
Malaret, Augusto	El proceso de la puntuación	169
Malaret, Augusto	El Vía Crucis del acento	389
Malvigne, Pedro César	Las revistas orales en la escuela primaria	617
Mandolini Guardo, Ricardo G.	Los métodos de la Psicología	137
Manganiello, Dalila	Gustave Thibon, El pan de cada día	667
Marasso, Arturo	Centenario de Marcelino Menéndez y Pelayo	56
Marasso, Arturo	Aspectos cervantinos	293
Marasso, Arturo	Lectura y comentario de un texto literario	645
Marasso, Arturo	España y América en el habla	697
Marinosci, Ibis E.	Los títeres y el jardín de infantes	365
Marouzeau, J.	Qué se entiende por estilo	405
Merlino, Salvador	El escéptico y la otra filosofía	224
Michel, Paul-Henri	El antiguo pitagorismo y las magnitudes irracionales	76
Mira y López, Emilio	Georges Dumas, Las funciones sistematizadas de la vida afectiva y de la vida activa	666
Morello, Antonio	La bondad	481
Moreno, Néstor A.	Nicolai Hartmann, La Nueva Ontología	673
Moya, Ismael	El folklore en la enseñanza	301
Muñiz, Enriqueta	Roger Godel, Ensayos sobre la experiencia liberadora	196
Nessi, Angel O.	Situación de la pintura argentina	319
Nicolle, Jacques	Botánica y simetría	115
Núñez, Zulma	Los inventos modernos	205
Ocampo de Pera, María O.	Cómo suprimir la copia en la escuela	122
Orlandi, Clemente	Aglutinación, soldadura o fusión de vocablos	408
Orlandi, Clemente	La 18ª edición del "Diccionario de la lengua española"	440
Ottolenghi, Julia	Sarmiento, fundador de escuelas	704
Outzen, Gerda	El verbo y el dinamismo del lenguaje	631
Pagés Larraya, Antonio	Una olvidada página crítica de Leopoldo Lugones	686
Papp, Desiderio	La complejidad de los átomos	603
Pereda, José María	Entreacto ruidoso	383
Pogolotti, Marcelo	Alberdi visto ahora	338
Prada, Oscar Enrique	Discurso pronunciado por el Director General de Educación al asumir el cargo	483
Rapallini de Cáceres, Clara C.	La biotipología, nuevo enfoque humano	555
Renard, Jules	Una familia de árboles	156
Rey, Gabriel	Humanismo y juventud	359

	Pág.
Rioja, Enrique	Las flores del mar
Rosarivo, Raúl Mario	La arquitectura tipográfica del libro y su valor didáctico
Rovere y Oddino, Liberia ..	Arte y educación
Ruggieri, Guido	Lo que vemos en Saturno
Sanguinetti de Martinsen, M. Angela	El voseo en la escuela
Santagada, Oscar F.	Nicola Abbagnano, Introducción al Existencialismo
Saravi Cisneros, Roberto ...	Los árboles de La Plata
Schuhl, Pierre M.	Naturaleza y artificio
Seel, Otto	Lo representativo ciceroniano
Somoza Muñoz, José	El retrato de Pedro Romero
Soto, Prudencio C.	Nuestra escuela pública y el momento actual
Stern, Arno	Curso de pintura para niños
Tapia, Atols	Naturaleza e idealismo
Torre, Dora de la	La pintura no figurativa
Torres, Belindo A.	Investigaciones entomológicas
Tresmontant, Claude de	El punto de vista y el método
Trias, Manuel B.	Revistas
Unia de Justo, Sarah	Sugestiones sobre las historietas
Valera, Juan	La primavera
Valéry, Paul	El lenguaje
Veronelli, Atilio A.	La literatura infantil
Vidal Buzzi, Fernando	Jorge L. Borges y A. Bioy Casares, Cuentos breves y extraordinarios ..
Vidal Sarmiento, Julia A. ...	Canibalismo entre insectos
Vilaseca, Carmen A.	La escuela profesional
Villafuerte, Carlos	El hecho folklórico
Villar, Marcelino E.	La vida ejemplar de San Martín
Villegas Basavilbaso, Margarita	Una lección
Vitalone, Mario C. y Giglio, Héctor E.	Misión del médico y del maestro en la rehabilitación del niño lisiado
Warnier, Raymond	La correspondencia escolar internacional, auxiliar de la enseñanza y base humana
Zara de Decurgez, Elena A. .	Sarmiento
Zeballos, Estanislao S.	El baqueano

	Pág.
Eduardo Acevedo Díaz	El paso de los Andes, camino a través de cuatro cordilleras
Rubén A. Benítez	Don Juan Valera y nuestros problemas espirituales
Armand Delatte	La Constitución de los Estados Unidos de América y los pitagóricos ..
Rolando Dorcas Berro	Centenario del Departamento de Escuelas de la Provincia
Clara C. Rapallini de Cáceres	La biotipología, nuevo enfoque humano
Atilio A. Veronelli	La literatura infantil
Claude de Tresmontant	El punto de vista y el método
Arturo Castiglioni	La orientación de la alquimia hacia la investigación positiva
Denis Huisman	Metodología del arte
Enrique Bonfanti	Metafísica y ética del trabajo
Desiderio Papp	La complejidad de los átomos
G. Contenau	La magia en Occidente
Carlos Villafuerte	El hecho folklórico
Arno Stern	Curso de pintura para niños
Pedro César Malvigne	Las revistas orales en la escuela primaria
Laura B. Cotta de Varela ...	La grafología en la escuela primaria .
Sarah Unia de Justo	Sugestiones sobre las historietas
Alberto Hernán Lammirato .	Observaciones sobre la enseñanza de las ciencias en el ciclo secundario
Gerda Outzen	El verbo y el dinamismo del lenguaje
Werner Jaeger	La actitud analítica
Arturo Marasso	Lectura y comentario de un texto literario
Avelino Herrero Mayor	Trastornos del lenguaje
Enrique Rioja	Las flores del mar
Nicolás Avellaneda	En la instalación del Observatorio Astronómico de Córdoba
José Somoza Muñoz	El retrato de Pedro Romero
Angel Cabrera	Animales navegantes y aviadores
Emilio Mira y López	Georges Dumas, Las funciones sistémicas de la vida afectiva y de la vida activa
Dalila Manganiello	Gustave Thibon, El pan de cada día ..
Francisco Maffei	Pierre Maxime Schuhl, La obra de Platón
Néstor A. Moreno	Nicolai Hartmann, La Nueva Ontología
Horacio Castillo	Eduard May, Filosofía Natural
Haydee C. Blotto	Jacques Bourcart, El fondo de los océanos
Antonio Pagés Larraya	Una olvidada página crítica de Leopoldo Lugones
Cosme Lázzaro	Consideraciones astronómicas
Gaston Bachelard	La dificultad
Ginestra Amaldi	La Vía Láctea
Xavier Bóveda	Del arte de escribir
Arturo Marasso	España y América en el habla
Elena A. Zara de Decurgez ..	Sarmiento
Julia Ottolenghi	Sarmiento, fundador de escuelas
Marcelino E. Villar	La vida ejemplar de San Martín
Jean Bayet	Posición histórica y técnica del arte etrusco
Ramón T. García	Estampas platenses: La calle Príncipe

C E N D I E

Sirvió a la música. Devotamente. Él mismo se sentía un simple intermediario. Él era un instrumento. Recibía para dar. Así entendía su misión. Y esperaba. Esperaba siempre, sin impaciencia, el mensaje que laboriosamente recogía, y sobre él trabajaba duramente para transmitirnoslo, pulcro, transparente y profundo. Así llegaron hasta nosotros El Retablo, el Concerto, los Homenajes. Y así fué de fiel consigo mismo que allí lo vemos a él, pulcro, transparente y profundo. Y, sin él quererlo, ésa fué su lección, la que él no pretendió impartir: la de su honestidad, la de su humildad, la de su fe en el oficio que le tocó en suerte.

Quien estuvo a su lado no puede ignorar, no puede olvidar su lección. Él, que tanto admiraba al santo de Asís y que gustaba repetir sus palabras «es dando que se recibe», hizo de esas palabras su profesión de artista y nos daba cuanto recibía. ¿No dijo acaso una vez que el tema de la «noche de América» para su ópera Atlántida, tanto tiempo esperado, tan ansiado y tan esquivo, se le presentó aquí, en nuestra Córdoba, una noche estrellada, paseando cerca de su casita en Carlos Paz? Sé que habrá murmurado, como hacía cuando en días de calor, al atardecer, una brisa fresca le acariciaba la cara: «se agradece, se agradece...» Y de allí habrá ido a su mesa de trabajo a poner en papel pautado unos pequeños puntitos en lápiz. El mensaje ya está anotado. Él era un simple intermediario. ¿Entre quiénes? Este Mensajero Elegido lo sabía muy bien.

JUAN JOSÉ CASTRO.

Mensaje escrito para la Dirección General de Cultura; irradiado en la audición que dicha Dirección dedicó a Manuel de Falla.

